



Estante.....
 TABLA.....
 Volúmen *1129*

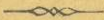
EL PRECIO DE UNA

NOVELA ORIG

DE LA

Herma. Sra. Doña *A* **ADIVA.**

DE LAMARQUE.



SEVILLA:-1881.
 IMPRENTA DE LOS AYUNTAMIENTOS,
 O'Donnell. 34.





Estante.....
TABLA.....
Volumen *1129*

EL PRECIO DE UNA DÁDIVA.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: B

Estante: 6

Numero: 760

~~Biblioteca Universitaria
GRANADA~~

~~Sala: B~~

~~Estante: 14~~

~~Numero: 209~~

R 17118

EL PRECIO DE UNA DÁDIVA.

NOVELA ORIGINAL

DE LA

EXCMA. SRA. DOÑA ANTONIA DIAZ
DE LAMARQUE.



SEVILLA: 1881.

—
IMPRESA DE LOS AYUNTAMIENTOS,
O'Donnell, 34.

10,886

Esta obra es propiedad de
la autora sin cuyo permiso
no puede ser reproducida.

Queda hecho el depósito
que previene la ley.

EL PRECIO DE UNA DÁDIVA.



I.

Suaves y puras impresiones de la infancia, recuerdos benditos de la época más dichosa de la existencia, ¿habrá quien pueda desterrarlos de su corazón? Es casi imposible: olvidamos con frecuencia los más recientes sucesos; aún aquellos que tienen algún interés, al mismo tiempo que conservamos en la memoria, con todos sus accidentes, los más insignificantes de nuestra pri-

mera edad; y en todas las vicisitudes de la vida recordamos las palabras y primeros consejos de nuestros padres, que resuenan en la imaginacion como si acabásemos de oirlos.

Las afecciones más fuertes y duraderas son tambien las que se contraen en la infancia; así una madre hace inmenso bien á sus hijos al avivar en sus corazones el mútuo cariño, fortaleciendo más los sagrados lazos que pocas veces logra romper el tiempo, si han sido formados en la edad primera por el previsor amor maternal.

Estas ideas animaban á la viuda de Valdés, establecida en Sevilla, al educar á los dos hijos que le habia concedido el Cielo, inspirándoles esa ternura, ese imperecedero cariño en el que estriba la paz doméstica, base de toda felicidad.

La bondadosa señora doña Benigna García, viuda de Valdés, era de familia bastante distinguida; mas la fortuna

habia sido siempre muy esquivada con ella, viéndose por último la infeliz, despues de sufrir mil disgustos, atendida á una tan escasa renta, que la miseria se hallaba á su lado, siempre amenazante. No desmayaba por esto la noble señora, hallando compensacion á todos sus pesares en el cariño de sus hijos. Pablo, el menor de ellos, contaba sólo siete años á la muerte de su padre, acaecida en el de 1846, Ángela tenia dos más que su hermano.

Era Angela una de esas niñas de naturaleza privilegiada, que parecen nacer instruidas y buenas, y además uno de esos tristes seres que vienen al mundo como predestinados á sufrir y á no gozar jamás placer alguno. Las venturas de la infancia fueron desconocidas para ella: abrió los ojos á la razon, cuando en su casa reinaban las grandes penas que ocasionan tenaces pleitos y con ellos el creciente desmembramiento de la fortuna, y la pérdida de

su padre, acaecida por estos disgustos, vino á coronar aquella série de amarguras que ella, aunque niña, habia comprendido bien. Despues, su claro y precóz entendimiento hízole conocer cuánto tendria su buena madre que sufrir para arrostrar la pobreza que le esperaba, y propúsose consagrar toda su existencia á aminorarla.

Habíala dotado el Cielo de tanta habilidad como talento, y, determinada á utilizar estas dotes, comenzó para ella, desde tan tierna edad, esa vida de asíduos trabajos y generosos sacrificios que, para honra de la humanidad, llevan tantas jóvenes con una abnegacion que bien pudiera llamársele heroismo, y heroismo grande, puesto que pasa ignorado, y pocas veces recibe en la tierra justo premio. Apenas amanecía entregábase á sus ímprobos tareas: su madre, derramando lágrimas de ternura, ayudándole en cuanto su vista yá cansada se lo permitia, y una criada

antigua llevaba en secreto los trabajos concluidos á las personas que con empeño encomendaban las más delicadas y prolijas labores á la hada misteriosa cuyo nombre ignoraban, y que, por un noble orgullo, ó por un sentimiento de dignidad y modestia, ocultábase á sus ojos.

El primer cuidado de madre é hija fué la educacion de Pablo. Su hermana repasábale todas las noches las lecciones ocupando las veladas en ésto y en arreglarle la ropa, deseosa de que su querido Pablo no tuviera jamás que verse humillado ante sus compañeros.

Así, pues, aquella familia casi indigente lograba, por su union y por su constante laboriosidad, hacer frente á los infortunios, de tal modo, que pudo conservar la decencia que á su distinguida clase correspondia.

En verdad que ni entónces, ni mas adelante cuando la niña modelo de hijas y de hermanas tuvo competente

edad para ello, pudo concurrir jamás á teatros y paseos, careciendo de esas sencillas y gratas distracciones de que tanto necesita la juventud. Tampoco asistió á reuniones ningunas: era Angelina demasiado orgullosa, en el buen sentido de la palabra, para descender, sólo por buscar diversiones, á esfera distinta de la suya, y era á la vez demasiado pobre para poder alternar dignamente en los elevados círculos adonde por su cuna y educacion le correspondia. Su claro discernimiento hacía-la huir de ese lujo ficticio que el pueblo llama *quiero* y *no puedo*, y que dió origen, en época no muy lejana, al denigrante calificativo de *cursi*. Ahogando todos sus deseos, vivia la modesta jóven en su retiro, fundando su dicha en el sagrado cumplimiento de sus deberes de hija y de hermana.

La señora de Valdés cuidaba de hacer presente á su hijo cuánto debia al generoso desprendimiento de aquella

humilde niña; y él, que era vivo y muy bondadoso, lo comprendía bien, contemplando con el más acendrado cariño á la clemente bienhechora que le ofrecía el Cielo.

II.

Bien hubiera querido la buena madre que su hijo siguiera una carrera literaria ó científica, más, por la escasez de recursos tuvo que desistir de semejante idea, colocándolo, apenas halló ocasion para ello de meritorio en una oficina.

Tenia Pablo á la sazón catorce años, y aunque á esa edad pocas personas son reflexivas, él, que desde la infancia estaba penetrado de la triste situacion de su familia, lo era y mucho. Por esto, y más aún por el ejemplo de su santa hermana, se aplicó tanto en su dependencia, que se captó en breve el aprecio de sus superiores; y habiendo

quedado vacante una plaza de escribiente con doscientos reales al mes de sueldo, fué él, con beneplácito de todos, nombrado para ocuparla. El jóven no pudo disimular, al saberlo, la alegría de su alma; por lo que enternecido el jefe, anciano de excelente corazon y que tenía los mejores antecedentes de su protejido, afectó haberse equivocado, añadiendo que en vez de diez duros era una onza mensual el sueldo que le correspondia.

Impaciente estaba el niño por dar á su madre y hermana tan grata nueva. Al llegar á su casa halló que ámbas habian salido á encargos de una amiga ausente, y ésto, que al pronto le contrarió, agradóle despues, pensando aplazar la agradable noticia hasta buscar un medio ingenioso de dársela, de modo que la sorpresa de ellas fuese aún más grata.

No tardaron mucho en volver.

Ángela era una jóven de bella y de sim-

pática fisonomía, á la que daban encantadora espresion sus grandes ojos pardos de triste y bondadosa mirada. No usaba lujo, como yá hemos dicho; mas su aire era de tal distincion, que con su sencillo equipaje parecia tan elegante como si llevase el costoso atavío que pudiera dirigir la más hábil modista. Aunque tenia yá diez y siete años, y no le faltaba instruccion adquirida por ella en sus cortos ratos de ócio, como su vida habia sido retirada, y modestos sus hábitos, conservaba aún la dulce inocencia de la infancia. Reconviéndola en broma Pablo por su tardanza, respondió con la ingenuidad que le caracterizaba:

—Es verdad, hemos tardado y yo he tenido la culpa. Salimos poco; y siempre me sorprende la multitud de establecimientos nuevos que encontramos, y me detengo, como una aldeana, delante de los lujosos mostruarios. ¡Se ve tal variedad de objetos,

que es imposible dejar de admirarlos!

=Y nada se te antojó.

=A mí, nada.

=Faltas á la verdad, hija mia, dijo la cariñosa madre sonriendo. Ante las maravillas del lujo sientes los mismos deseos que todas las jóvenes de tu edad; más reflexionas que son irrealizables y tienes la prudencia de ocultarlos. Hoy, sin ir más léjos no podías apartar los ojos de un lindo cofrecito de ébano con incrustaciones de nácar, de esquisito gusto por cierto.

=Es verdad, me agradó mucho, ocurriéndome la idea de lo útil que me pudiera ser para guardar las cartas de mis amigas y mis apuntes.

=¿Y por qué no lo compraste? dijo Pablo.

=¿Estás loco? Había de malgastar lo que tanta falta nos hace, en un objeto puramente de capricho, marcado en la suma, enorme para mí, de trescientos veinte reales?

— ¡Una onza! Ciertamente es bocado caro para nosotros,—dijo el niño riendo.

Halagado por una oculta idea preguntó en tono indiferente en que tienda lo habían visto, hablando luego de mil cosas distintas.

Pocos días después presentóse trayendo un abultado objeto envuelto en papel y lo colocó delante de su hermana. Desdoblólo ésta con pueril curiosidad, exhalando un grito de asombro al ver el cofrecito de ébano con incrustaciones de nácar, que tanto había deseado. Abriólo con infantil alegría, y en un cajoncito, especie de secreto, que había en el fondo, halló un pliego de esa clase de papel que tanto agrada á los adolescentes, fino y recargado de adornos; y en el corto trecho liso que dejaba su ancha cenefa, vió escritas con menuda y bella letra estas palabras:

«En prueba de profunda gratitud coloco á tus piés, hermana mia, esta hu-

»milde ofrenda, que á falta de otro mé-
»rito lo tendrá para tu corazon, al saber
»ha sido adquirida con la primera can-
»tidad que con el sudor de su frente ha
»ganado tu amante hermano

PABLO.»

La jóven quiso hablar, mas impidié-
ronselo sus lágrimas. La buena madre,
muda tambien por la emoción que espe-
rimentaba, tomó la carta, y, al respaldo
de lo que habia escrito Pablo, trazó con
mano temblorosa las siguientes frases:

«Hija querida: sea para tí tan deli-
»cado presente, perpétuo testimonio
»de la gratitud y el cariño de tu herma-
»no, que tan buen empleo ha sabido
»dar al primer fruto de su trabajo.
»Conserva siempre esta dádiva; y re-
»flexiona al contemplarla que, aunque
»de escaso valor real, sólo pudieras
»pagarla á peso de oro y aún así no
»bastaria.»

Pablo, con la más viva satisfaccion,

les hizo entónces saber su ascenso y el sueldo con que yá contaba, el que pondría siempre religiosamente en poder de su querida madre. Todos tres lloraban de alegría: lo futuro mostrábase yá ménos triste á sus ojos, y la mútua generosidad, los santos lazos de cariño que los unian, hicieron que en aquel momento fuesen, en medio de la pobreza, los séres más felices del mundo.

III.

Pasaron algunos años. Pablo habia ascendido mucho en su carrera de empleado, tanto en sueldo como en categoría; debiendo sus adelantos nó á la intriga, como generalmente sucede, y sí á su honradez, claro talento y constante aplicacion.

Aún seguía siendo el hijo sumiso y el hermano tierno; su carácter, bondadoso en extremo, sólo tenía una falta,



hija de sus mismas excelentes cualidades: era demasiado débil.

Angela seguía siendo asimismo la jóven simpática y buena de siempre. A pesar de que rayaba en veinticuatro años, así en su figura como en su trato parecía aún muy niña, conservando su corazón, libre de violentas pasiones, y su semblante, ageno de cosméticos, toda la pureza y la dulce frescura de la adolescencia.

El aislamiento en que había vivido, en su primera juventud por necesidad y después por hábito, había hecho que su mérito fuese desconocido de aquellos que indudablemente la hubieran escogido por esposa, si hubiesen sabido las altas virtudes que la adornaban. Sin embargo, un jóven había, casi se puede decir, adivinado este tesoro, sintiendo por ella un amor de esos que llegan á ser eternos, porque emanan del sentimiento y tienen un poderoso auxiliar en la razón; mas la pobreza de Luis de

Guzman (tal era su nombre), y lo atrasado que, apesar de su buena hoja de servicios, se hallaba en su carrera militar, hicieron que, en la imposibilidad de unirse, ocultasen ámbos en su corazon aquel profundo afecto que yá los habia enlazado para siempre.

Pablo tambien eligió la que habria de ser su eterna compañera. Ocupaba el jóven desde muy temprano, así por la categoría de su destino, como por su ilustracion y distinguidas maneras, un digno lugar en la esfera del buen tono. Relacionado con todos cuantos aparecian en primera línea en la capital, principalmente con los altos empleados, era asídúo concurrente de las más escogidas reuniones. En una de éstas conoció, prendándose ciegamente de ella, á la elegante jóven Aurelia Rocafort, hija única de un brigadier de marina, catalan, que se hallaba de cuartel en Sevilla.

Bella y de ilustre familia, pero con

pretensiones muy superiores á su hermosura y posicion, Aurelia era el tipo completo de la jóven vanidosa que cree merecer todas las atenciones y obsequios de cuantos la rodean, siendo su padre, que tenia un carácter muy semejante al suyo, quien más la afirmaba en la idea de su gran superioridad.

Uno de los primeros efectos de la vanidad, cuando se entroniza en el corazón de una jóven, es el amor al lujo.

Bien podian muchas competir con Aurelia y superarla en belleza, pero ella estaba segura, gracias á su complaciente padre, de que sus deslumbradoras galas eclipsaban á las de todas las demás, y gozaba en verse citada como el más cumplido modelo de elegancia.

La altiva señorita Rocafort abrigó por mucho tiempo la esperanza de hallar un partido tan ventajoso cual lo merecia por sus *relevantes cualidades*.

Mas pasaron años; yá tenia sus veinte muy cumplidos y no habiéndose presentado el Creso con que soñaba, volvió sus ojos á Pablo, á quien jamás habia ahuyentado del círculo de sus admiradores, calculando, harto previosa en verdad, que en último caso siempre podia hallar en él un buen marido.

Así, pues, *dignóse* al fin aceptar aquel corazon enriquecido con los más nobles sentimientos, y el constante pretendiente alcanzó su mano como un inapreciable favor, al que debiera vivir eternamente agradecido.

Esto lo comprendió demasiado la señora de Valdés, con su perspicacia de madre, aunque alejada del círculo donde figuraba su hijo; y tanto ella como Angela adivinaron entristecidas, que Pablo, por su debilidad de carácter, sería humilde esclavo de los caprichos de su mujer.

No tardó mucho sin que tuviesen

evidentes pruebas de ésto. Aurelia recibia y pagaba sus visitas con la más estudiada ceremonia, algunas veces hasta con ostensible desagrado, y al año, que yá tenía una hija y veia crecer sus gastos, impulsó á Pablo para que hiciese saber á su madre que con el aumento de gastos era preciso rebajar un tercio de la cantidad que les habia asignado para que viviese con decencia.

IV.

Luis de Guzman, adivinando lo que acontecia, pidió á la señora de Valdés la mano de Angela, que ella le otorgó, y le propuso vivir unidos, puesto que si no tenía pingües rentas que ofrecerle, en cambio el santo lazo de cariño que los habia de ligar bastaria acaso para hacerlos felices.

El proyecto de este enlace afectó á

Aurelia de un modo extraordinario.

Inmediatamente pidió informes de Luis: todos vinieron contestes favoreciendo al pobre jóven. Por ellos supo su fatal enemiga que era descendiente de noble y honrada familia, que su conducta era intachable, elevada sus ideas, limpia su hoja de servicios y que faltábale sólo que una mano protectora hiciera valer sus excelentes cualidades para ascender en su carrera. Mas en vano, por diferentes conductos, llegaban á ella estas noticias; su oposicion era cada vez más ardiente, y no hallando en Guzman defectos que la motivaran, concluyó por manifestar su soberbia, diciendo á Pablo que la idea de ver á su hermana casada con un miserable subalterno, le quitaba la vida, exigiéndole la formal promesa de oponerse á tal disparate.

—¿Por qué hemos de alentar nosotros, añadia, las esperanzas de ese advenedizo. que quizás, y áun sin

quizás, sueñe con *nuestra alianza* para sus fines particulares?

No satisfecha con la promesa de su marido, contó á su padre lo que ocurría, haciéndole presente su justa oposicion y pidiéndole consejos. El brigadier, movido por las *sensatas razones* de su hija, la tranquilizó asegurándole que si aquel individuo contaba para adelantar con las *relaciones de ellos*, no tardaria en conocer que éstas servirían sólo para alejarlo de Sevilla.

La buena madre, entre tanto, contemplaba con dolor la lucha entablada con los sentimientos de su hija y el amor propio de Pablo, exasperado por su mujer: lucha que, tomando grandes proporciones, amenazaba desunir, quizás para siempre, á aquellos cariñosos hermanos. Deseosa de evitar semejante rompimiento, exigió de Angela que demorase su boda, prometiendo al mismo tiempo á Pablo que, caso que ésta se efectuase, aún tardaria mucho tiempo.

Luis, á quien nada habian querido decir, veia con asombro el cambio efectuado en sus proyectos. Un oficio que recibió del Gobierno le hizo bien pronto comprender la verdad, y presa de la más profunda tristeza, llegó á casa de su prometida.

—Vengo, dijo, á despedirme de ustedes. De improviso; sin haberlo yo solicitado y sin adelantar en mi carrera, ántes bien perjudicándome, soy trasladado á otro regimiento que se halla en Castilla la Vieja, para donde tendré que partir dentro de dos dias. Conozco la mano que me hiere, pero no la maldigo.

Angela y su madre enmudecieron sorprendidas: ellas tambien comprendian de dónde habia partido el golpe.

—Pablo se opone á nuestra union. continuó Luis, y ustedes, por un sentimiento de delicadeza, que agradezco, me lo han ocultado. Desde que nació fuí desgraciado: mis padres murieron

cuando aún era niño; no he conocido más parientes que á un hermano mayor que yó, el cual malgastó nuestro escaso patrimonio, y desesperado, avergonzado tal vez, huyó para siempre de su pátria. Nada he vuelto á saber de él: quizás un suicidio habrá puesto término á su desventura. ¡Desgraciado! Yo le hubiera perdonado todos los perjuicios que me ocasionó, porque lo queria con delirio. Mi corazon ha estado siempre sediento de afecciones: mi bello ideal era formar parte de una familia honrada y unida por los santos vínculos del cariño; hallé á ustedes y creí iban á realizarse mis sueños... Ví en Angela á la esposa, á la amiga, á la hermana querida de mi corazon; en usted, á la bondadosa madre... Tengo que renunciar á esta felicidad: nací para vivir solo y desgraciado, y mi destino debe cumplirse.

Fueron pronunciadas estas palabras con tal acento de verdadera amargura,

que las señoras no pudieron contener las lágrimas.

—Luis, exclamó Angela cediendo á una pronta determinacion; yo no sé mentir; mi hermano, ó mejor dicho su mujer, se opone á nuestro enlace. Quizás á ella debes el golpe que has sufrido; mas tranquilízate, yo sabré compartir contigo la desventura que te han causado; acepta mi mano.

—¿Y Pablo? exclamó su madre.

—Mi hermano se ha creado ya una nueva familia y para nada necesita de nosotras. Nuestro deber-hoy es devolver á este desgraciado la tranquilidad que por nuestra causa ha perdido.

Efectuóse al dia siguiente el casamiento.

El enfado de Aurelia, apénas lo supo, rayó en locura. Pablo, enconado asimismo y cediendo al mal espíritu que lo dominaba, negóse é escuchar e su madre cuando fué á despedirse, enviándole despues una carta en la que le

decía que habia sabido pensaba marcharse con su hija á Avila, á lo cual no se oponia; que donde quiera que fuese podia contar con la corta pension que le señalaba á *ella* y sólo á ella, puesto que su hermana yá no existía para él.

Poco despues partió aquella desdichada familia; la buena madre se alejó con el corazon oprimido, de la ciudad donde habia pasado la mayor parte de su vida, donde dejaba á su hijo, aquel hijo tan querido á quien yá acaso no volveria á ver más.

V.

No tardó mucho tiempo sin que se cumpliesen los tristes presentimientos de la anciana. Hallábanse en el rigor del invierno al partir de Sevilla, donde apenas se siente el frio, y el violento cambio de temperatura que sintieron al llegar á Avila le sentó tan mal, en el

estado de debilidad en que sus disgustos la habian dejado, que á los pocos dias cayó gravemente enferma; opinando los facultativos que aquella dolencia, más bien moral que física, no tenia remedio.

La buena señora, que hartó lo sabia, escribió una larga y tierna carta de despedida á su hijo, en la que despues de pintarle su estado y de recordarle las mútuas pruebas de cariño que se debian, le suplicaba que ántes de su muerte se verificase una completa reconciliacion con su hermana.

Desgraciadamente esta carta vino á poder de Aurelia, la que, *previsora* como siempre, no quiso *aslijir* á su marido con las *lamentaciones* de su madre.

—Demasiados disgustos le han proporcionado yá al pobre, decía quemando el papel, para que ahora consienta yo en que, aún ausentes, traten de amargar su vida.

Pablo supo á poco la muerte de su

madre, que en una sentida y concisa carta le notició Angela. Su dolor fué tan vehemente como verdadero; estuvo muchos dias sin querer ver á nadie y derramando en su retiro amarguísimas lágrimas. Algo más resignado de terminó contestar á su hermana. Habíanse despertado en su alma los más santos recuerdos, habia renacido su ternura: sentado en el buró trasladó con mano febril al papel todas las frases que su cariño le dictaba.

=«Hermana de mi vida; mi protectora, mi amiga de la infancia: todas las quejas han concluido entre nosotros. Vente á nuestro lado; apoyaremos á tu marido para que adelante.... Vente á nuestro lado; serás la hermana querida de mi Aurelia, la segunda madre de mis hijos, y serás, como siempre, la consejera, el consuelo y el alma de tu desgraciado hermano, *Páblo*.»

Detrás del sillón de su marido, á quien habia espiado cuidadosamente, ha-

llábase de pié Aurelia, imponente como el génio del mal. Aunque era una madre bien esquiva, en aquel momento estrechaba á su hijo entre sus brazos con las mayores muestras de cariño. Pablo, al sentirla, volvióse sorprendido.

=¿Leiste lo que he escrito?

=Sí, he leído, contestó la jóven con tono acre; más ántes de enviar esa carta medita bien lo que en ella dices. Considera que nuestras atenciones son muy grandes. Y que al abrir tus puertas á tu hermana, se las abres tambien á ese aventurero que se atravesó en nuestro camino para hacernos sufrir. Angela se portó muy mal; su casamiento, que fué una verdadera calaverada, abrevió los dias de tu madre; ellas á nuestro lado eran felices; ese hombre las arrastró á su ruina.... ¡No protejas al asesino de tu madre!

Un temblor convulsivo agitaba los miembros de Pablo: el mal espíritu

triunfaba de nuevo de sus nobles sentimientos.

—Pero esos desgraciados, murmuró, habrán hecho grandes gastos que no debo consentir...

—Tu observacion es muy justa, dijo la *generosa* dama; envíales una cantidad de dinero, que puede ser crecida, puesto que será la *última*.

La cariñosa carta fué sustituida por la siguiente, en la que iba incluida una letra de cambio:

«Estimada Angela: Desde que recibí tu carta mis ojos no se han visto enjutos un sólo instante. En memoria de la buena madre que he perdido, perdono á los que voluntaria ó involuntariamente han causado su muerte.

«Considerando los grandes gastos que este triste acontecimiento les habrá proporcionado, te envío la adjunta cantidad para que no se perjudiquen en sus intereses.

«Es la *última ofrenda* que consagra

á su madre tu hermano *Pablo*.»

A vuelta de correo recibió éste la contestacion, en la que venía devuelta la letra, concebida en estos términos:

«Muy señor mio: Accediendo á los deseos de Angela, que no puede escribirle por hallarse enferma, le doy las gracias por el dinero que se sirvió usted mandarnos y que le devuelvo por sernos completamente inútil. La cariñosa hija habia ya consagrado la *última ofrenda* á su buena y santa madre, la cual, gracias al Cielo, de nada ha carecido, siendo despues conducida á su última morada, tan dignamente como nuestro cariño lo deseaba y su decente posicion le exigía. Soy de V., etc., *Luis de Guzman*.»

Aurelia, disimulando el gozo que esta carta le produjo, exclamó afectando disgusto:

— ¡Te desprecian! ¡Casi te insultan! Abre los ojos, Pablo; adquiere la energía que te falta... ¡Jamás reconciliacion

con los que así se comportan con nosotros!

VI.

Muchos años han trascurrido. La morada del jefe de una de las principales dependencias del Estado en Sevilla, D. Pablo Valdés, se ve citada en la capital como modelo de suprema elegancia, así por el buen gusto que ha precedido á su ornato, como por las brillantes *soirées* con que obsequian sus dueños á numerosos amigos, pertenecientes todos á la clase mas distinguida de la sociedad. ¡Pero cuántos sinsabores cuesta al pobre Pablo aquella fama!

Aurelia no imaginó nunca que la mujer de un empleado, por necesidad y áun por decoro, debe huir del excesivo lujo. Miéntras vivió su padre todos los haberes del anciano servían para

subvenir á los caprichos de su hija; muerto el brigadier, el sueldo de Pablo no alcanzaba para sus crecidísimos gastos, y la *espléndida* dama para conservar las doradas apariencias de su casa, usaba en el interior de ella, y en cosas de primera necesidad, una economía que rayaba en la más ridícula miseria

No podían, según ella, prescindir de estar abonados al teatro, ni de tener carruaje, si nó propio, al ménos alquilado por años. Sus sirvientes tenían que ser numerosos, dando su ama á cada uno de ellos un dictado que, en su concepto, los realzaba sobremanera. Así la mujer comisionada de la limpieza de la casa era denominada *doncella*; la costurera *el ama de llaves*; el criado era *el lacayo*; las nodrizas, que por los muchos hijos que habían tenido, casi siempre eran dos, llevaban, aunque nacidas en Sevilla, el nombre y el traje de *pasiegas*; la niñera era conocida por

el aya, aunque la jóven que desempeñaba este cargo no sabia ni áun leer, y así todos los demás. Agregábase á los costos de esta servidumbre, ridícula por lo pretenciosa, los enormes del tocador de la señora. Cuando la boda de Aurelia, todos decian que la jóven llevaba en joyas y trajes un caudal, pero no comprendian que tal caudal, en vez de ser productivo, era ruinoso, puesto que para conservarlo en estado de uso para una dama elegante necesitábase una fuertísima renta.

Así sucedía, y el lujo era la perdicion de aquellos esposos.

El lujo, con tanta razon defendido por un ilustre y simpático novelista contemporáneo, es, en efecto, para los capitalistas una necesidad; mas aún, es un deber, pero es al mismo tiempo la ruina de infinitas familias que, sin medios para ostentarlo, se vén arastradas por su terrible corriente.

¡Desventurados Icaros de la socie-

dad, que se levantan con álas postizas para caer al fin en el terrible mar del ridículo! ¿Por qué no tienen el noble valor de retroceder á tiempo en tan fatal camino?

No lo tuvo Aurelia, no lo tuvo su pobre marido, que jamás se negaba á las exigencias de aquella Eva que le habia dado el Cielo por compañera.

Las ideas de probidad y honradez que desde muy niño habia sentido arraigadas en su corazon el hermano de Angela, salváronle de ser en su destino, como otros, opróbio de la clase. Mas, si como empleado, su nombre aparecia limpio de toda mancha, no era así por desgracia como particular. A pesar de dedicarse en secreto á trabajos especiales, robando horas al sueño, de vender cuantas alhajas juzgaba inútiles, de agotar, en fin, cuantos medios hábiles hallaba, su *déficit* resultaba siempre tan enorme, que tuvo en mil ocasiones

que valerse del medio que la desgracia ó la mala fé ponen casi al nivel de la estafa: tuvo que recurrir á los empréstitos.

Halláronse al cabo de algun tiempo agoviados de deudas sin medios para solventarlas, y la ilustre señora no comprendia que, en tanto que sus reuniones iban viéndose cada dia más *favorecidas* por muchos jóvenes de los que nada tienen que perder, las personas sensatas y de buena posicion alejábanse poco á poco de su amistad; ni adivinaba que si sus *tées*, en los que mal de su grado aparecia el indeleble sello de su miseria, le daban entre sus comensales gran fama, otra iban adquiriendo que no tardaria mucho en cubrirlos con la negra sombra del desprecio público.

En efecto; Pablo, el digno y desgraciado Pablo, era mirado yá por muchos como un futuro *caballero de industria*, y ella, que desde que el *ele-*

mento joven dominaba en su tertulia, habíase creado una corte de adoradores *platónicos*, entre los cuales, de un modo también platónico, repartía por igual sus miradas, sus sonrisas y sus afectuosas palabras, iba siendo notada como una señora de *dudosa conducta*.

Agregábanse á esto los comentarios que se hacían de las interioridades de aquella casa: la extraordinaria miseria que reinaba en ella, referida por algunos y exajerada por todos, era constante objeto de mofa aún para aquellos que se decían sus más amigos.

A tal punto habíalos conducido sus desaciertos, cuando al principio contaban con generales simpatías y tuvieron elementos para ser queridos y respetados de todos.

VII.

Feliz como ninguna, sentíase una mañana la elegante Aurelia de Roca-

for. Hallábase en un lindo gabinetito ocupada en bordar con sedas de colores un bello cojin que debia rifarse, á beneficio de los pobres, en una sociedad filantrópica á que pertenecia.

Estaba sola: sus hijos se hallaban con las *pasiegas* unos, otros con el *aya*, las que, nacidas acaso en la Macarena, ó bien en la Cava, no dejarian de inculcar en el corazon de los inocentes algunos principios de su *cultura* y tal vez de su *moralidad*.

La bella dama no paraba la imaginacion en esto; ella era demasiado delicada para tener cerca de sí á sus hijos que ¡eran tan inquietos y ocasionaban tanto ruido! Además, tenía graves ocupaciones á que atender y no podia cuidarse de cosas tan *insignificantes*: para eso estaban sus sirvientes.

Inclinada sobre su labor, aparecia tan aplicada como pudiera serlo la más perfecta colegiala. Sólo de vez en cuando suspendia su obra para repasar la ga-

cetilla de un diario que tenia sobre el bastidor, que era, segun la expresion do júbilo que durante la lectura se pintaba en su semblante, lo que aquel dia constituia su felicidad. Dejaba el periódico á un lado; á poco tomábalo de nuevo tornando á leer una y diez veces seguidas el suelto que tanto le interesaba y que copiarémos íntegro para que se comprenda la causa de su gozo. Habla el gacetillero:

«*Rasgo admirable de filantropía.*==
Con el mayor placer tomamos la pluma para narrar uno de esos hechos notables, que debieran ser consignados en láminas de bronce. Una de las más bellas é ilustres damas de nuestra sociedad pasó hace dias por la casa de vecinos de la calle de *** y detúvose un momento á su puerta. Aquel antiguo casaron está habitado casi en totalidad por esos desgraciados séres desheredados de posicion y cultura. La distinguida señora vió en el patio algu-

nas mujeres ocupadas en lavar, en tanto que jugaban ruidosamente muchos niños casi desnudos. Su corazón de madre sintióse vivamente conmovido, considerando cuánto sufrían las que lo eran de aquellos desgraciados no pudiendo vestirlos convenientemente. Al llegar á su casa citó á sus numerosos amigos. contóles con lágrimas en los ojos lo que había presenciado, y en e acto levantóse una colecta, en la que se reunió cantidad suficiente para comprar á los pobres niños un buen surtido de ropa.

«No queremos quebrantar el incógnito de la modesta y benéfica señora, pero sí, cumpliendo la sagrada misión de la prensa, dirémos muy alto que la sensible, la bondadosa, la compasiva A. R. de V. merece universales aplausos y todas las bendiciones del pueblo que tiene la alta honra de contemplarla en su seno.»

Caridad, ¿cuándo has tenido que

anunciar tus obras á s6n de trompeia?

Aurelia Rocafort de Valdés, la modesta, veía transparentarse de un modo bastante claro en aquellas iniciales su nombre, y gozando infinito con la idea del prestigio, y la aureola de gl6ria que acababa de obtener, proponíase seguir sembrando beneficios en su camino.

Sabíase yá casi de memoria el suelto, repitiendo mentalmente, enagenada de placer: «la compasiva señora merece todas las bendiciones del pueblo,» á tiempo que llegó su marido. Repuesta de la sorpresa que le causó su llegada, ántes de la hora de costumbre, su primera idea fué presentarle el periódico; mas al ver la seriedad y tristeza que aparecía en su semblante se contentó.

Pablo le entregó en silencio una carta enlutada y ella leyó su contenido, que era el siguiente:

«Querido hermano: Ayer espiró, despues de una larga y penosa enfer-

medad de pecho, mi bueno y desgraciado Luis, y en este momento acaban de separarlo para siempre de mi lado. Me veo viuda, pobre y sola en el mundo: ¿continuarás negándome tu afecto y dejándome en el abandono á que me has condenado? No lo espero de tu corazón amante y compasivo. En nombre de cuanto ames en la tierra y por la memoria de nuestra santa madre, escribe pronto á tu desdichada hermana

ANGELA.»

=¿Piensas contestarle? preguntó Aurelia arrugando con mano temblorosa la carta.

=Yá lo he hecho.

=¿Y qué le dices?

=Que sin perder un instante se venga á nuestro lado, y lo que de nosotros sea será de ella.

Los ojos de la dama, chispeantes de cólera, se fijaron en Pablo, el que,

contra su costumbre, sostuvo aquella enérgica mirada sin manifestarse vencido.

—Pón la mano sobre tu corazón, dijo con voz reposada, y dime si en conciencia debía contestar otra cosa.

Aurelia pensó de repente apelar á un medio que le daba en todas sus exigencias el más feliz resultado. Tomando á Pablo de la mano lo condujo al departamento donde se hallaban los niños:

—Hé aquí nuestras primeras obligaciones, dijo señalando hácia ellos. Tenemos cinco hijos; además, añadió con tono solemne, graves deberes que llenar en la sociedad, y deudas infinitas, dijo bajando la voz.

Pablo palideció á este recuerdo murmurando con sordo acento:

—Estamos arruinados, es forzoso cambiar de vida.

—¡Imposible! Tu posición exige que no nos rebajemos en lo más mínimo.

Si lo hicieras, nuestro desdoro sería completo.

Un angustioso silencio siguió á estas palabras; al fin Pablo dijo con dulzura:

=Despues de todo, ¿imaginas que mi pobre hermana, tan buena, tan humilde, puede ocasionarnos grandes dispendios?

Conoció Aurelia que era yá ocasion oportuna de recobrar su poderío, y estrechando entre sus manos las de su marido, dijo afectando condescender:

=Véngase Angela á casa, yá que así lo quieres, más con la condicion de que no le ofrezcamos más que nuestra mesa, que demasiado es para su comportamiento con nosotros. Que no nos ocasione gastos de ninguna clase. ¿Lo prometes?

Pablo aunque herido por aquellas frases, tan impropias en los lábios de una persona delicada, murmuró:

=Lo prometo.

Y rechazando sus manos, alejóse de ella con el corazón oprimido.

Cuando Aurelia volvió á su gabinete fijó la vista sobre el periódico colocado aún sobre el bastidor. Coloreándose sus mejillas, y doblando aquel papel, guardólo precipitadamente.

Pablo no debía ya leer la encomiástica gaceta.

VIII.

Angela hallóse instalada en la habitación que para ella destinaron, la que, *por casualidad*, era la más insalubre y triste de la casa.

Habíala recibido Aurelia con tal despego que rayaba en grosería. En vano brindábase la pobre viuda continuamente á ocuparse en algunos trabajos que pudieran ser útiles á su hermana política; ésta la rechazó siempre diciendo que no quería otros servicios que los de sus criados, y añadiendo de

paso algunas indirectas que la hiciesen conocer era en la casa un ser completamente inútil.

No tardó mucho tiempo sin que Angela comprendiese, con su natural viveza de imaginacion, que aún conservaba, el equivocado plan que seguía aquella familia, adivinando la falsa posicion en que debia hallarse su hermano.

Un dia, que pudo hablar á solas con éste, lo que era bien dificil por evitarlo siempre Aurelia, hízole presente sus temores, y Pablo sediento de desahogar su corazon, refirióle todo cuanto le acontecía. Afligióse ella en extremo, más, exclamó en breve cediendo á los vehementes y nobles impulsos de su alma:

=Tranquilízate, hermano mio; yo velaré por tí... Volveré á ser jóven.... Aún no he olvidado aquellas infinitas labores que en vida de mi buena madre sostuvieron por tantos años la decen-

cia de nuestra posicion. Hablarémos con Aurelia, la que, á pesar de su carácter adusto, es buena: ¿no es verdad que es buena? Ella tambien borda y hace flores, trabajaremos las dos sin descanso; y buscaré quien en secreto lleve y haga productivas nuestras obras: nadie lo sabrá, nadie; y si algunos de sus conocidos lo adivina, ¿qué mayor corona de gloria puede ostentar en su frente, siendo tan noble el objeto que la guía? Además, sigue mis consejos, tiene demasiados sirvientes; despide algunos, yo soy fuerte y puedo aún ejercitarme en toda clase de trabajos; Suprime asimismo algunos gastos inútiles: ya notarás la diferencia. Con dos años de buen régimen te verás libre de las deudas que pesan sobre ti, y volverás á ser estimado de los que hoy te tratan con desden. ¡Tú, hermano mio, tan bueno, tan digno, ser mirado con prevencion por personas honradas!... ¿Cómo Aurelia no se extremece á tal

idea?... ¿Corramos á buscarla y hagámosle presente nuestro proyecto sin perder un instante.

—¡Detenté, detente! gritó Pablo arrepentido de haber participado aquel secreto á su hermana, comprendiendo que sus planes podían crear un grave conflicto en la familia, dada la vanidad de su mujer. Yo hablaré á Aurelia, añadió indeciso; tú no comprendes su carácter, yo la prevendré y yá tratáremos de los medios que debemos adoptar en lo sucesivo.

Angela leyó lo que pasaba en el corazón de su débil hermano, y adivinando cuanto sufría, no quiso mortificarlo con nuevas reflexiones.

Algunos días después manifestaba Aurelia tal acritud en su semblante, que inspiraba terror á todos cuantos á ella se aproximaban. La pobre Angela notó las miradas significativas de odio y rencor que le dirigía, lo que le causaba viva inquietud.

Retirada en su habitacion hallábase pensando en ésto, cuando vió entrar á su *cariñosa* hermana.

=Vengo, dijo Aurelia sentándose con aire despreciativo, á que tengamos una aclaracion que cada dia se vá haciendo más inevitable entre nosotras. *Usted* no debe ignorar que cuando yo *accedí* á que se viniese usted á *mi casa*, exigí de Pablo que ningun gasto extraordinario nos habia de ocasionar su permanencia en ella. Hoy que, por desgracia, se halla usted enterada de todos nuestros secretos, comprenderá demasiado, puesto que le consta, el estado de nuestro erario, por qué mi marido cumple, quizás á pesar suyo, la palabra que me dió. Yo aunque lo siento por el motivo, me alegro de que sepa cumplirme tan religiosamente su promesa. Otra vengo á exigir de usted, Angela. Como es probable que tengamos que vivir siempre unidas, y la paz doméstica es tan grata, vengo á pedirle

que no se entrometa jamás en nuestro plan de vida, ni trate de sobornar á su hermano con el objeto de que siga una línea de conducta de la que yo juzgo conveniente para nuestra felicidad. He sabido con asombro que trataba usted de convertir *mi casa* en un taller de artesanías ó poco ménos, que pensaba usted erigirse en maestra mia y directora de mis gastos.... No me interrumpa usted. Comprendo demasiado cuantas reflexiones puede usted hacerme, á las que por única contestacion le diré que deje á cada uno arreglar sus asuntos como mejor le convenga. Sea usted, pues, de aquí en adelante en mi casa como una huésped: limite sus obligaciones á presentarse á la hora de comer á nuestra mesa, y así viviremos tranquilos. Además *exijo* de usted que no trabaje nada para extraños, porque eso al fin llega á saberse, y como usted comprende seria un desdoro para nosotros.

La sorpresa y el dolor hicieron enmudecer á la infeliz Angela. Quiso por último responder, pero la detuvo la amenazante mirada de Aurelia, la que, levantándose, salió rígida y soberbia como había entrado.

—Es forzoso que yo me marche, dijo para sí la pobre viuda dejando correr sus comprimidas lágrimas.

Levantóse á poco para hacer sus preparativos de viaje, mas detúvose murmurando:

—¿Y Pablo? ¡Pobre hermano mio, tan desatendido, tan humillado en su propia casa! Nó, no lo abandonaré; arrostraré todos los desprecios de Aurelia para velar por la dicha y la honra de mi hermano!

Y sentóse de nuevo tranquilizándose con la fé de sus nobles propósitos,

IX.

Un año había trascurrido.

La pobre Angela seguía sufriendo, con la fortaleza de un mártir, los desprecios infinitos de su hermana política y lo que más le mortificaba aún la indiferencia de Pablo, el que evitaba todas las ocasiones de hallarse á solas con ella y, cada día parecía más sometido á los caprichos de su mujer. En efecto, fuese por su constante deseo de conservar la paz doméstica, fuese porque los disgustos hubiesen apagado aún más su carácter, la debilidad de Pablo y su apatía para todo aumentaban de un modo extraordinario.

Aproximábase el mes de Abril. Sevilla anunciaba los irresistibles atractivos de sus festividades religiosas y su féria, y una multitud inmensa de forasteros y extranjeros comenzaba á poblar sus hoteles. Uno de los personajes más

notables que llegaron fué un primo de Aurelia. Enrique de Rocafort, Vizconde del mismo nombre y condecorado con várias distinguidas cruces, aparecía, á lo Monte-Cristo, rodeado de opulencia y misterio. Mas el pueblo de Sevilla, que en esto de indagar vidas ajenas participa algo del espíritu de las aldeas, y que ante las notabilidades del lujo, mira la causa más que admira el efecto, pronto supo que aquel flamante personaje, sin carrera ni bienes conocidos, gozaba de una fama algo dudosa en las poblaciones donde habia vivido.

En tanto, para Aurelia el Vizconde de Rocafort, instalado en uno de los mejores departamentos de la fonda de Lóndres, elegante hasta la exajeracion y que traía caballos que debían lucirse en las carreras, era, como á solas decia á su marido, «un pariente que los honraba.» Podemos figurarnos con cuánto entusiasmo lo recibiría. Pronto el Viz-

conde, por voluntad de ella, fué el íntimo amigo de Pablo y tuvo poder para entrar á todas horas en su casa. Es verdad que aquel sujeto tenía fama de calavera, y ellos lo sabian, pero las *calaveradas de buen tono*, segun Aurelia, eran méritos en personas de la calidad de Enrique.

Un nuevo dolor vino á herir el corazon de Angela. Siempre habia notado con disgusto el vivo afan de su hermana por parecer bien á los jóvenes que concurrían á su casa y por oír sus exajerados elogios. Mas en aquellas coqueterías aunque ridículas é impropias de una señora de su edad y circunstancias, no se veían graves consecuencias y sí sólo la satisfaccion de una pueril vanidad. Ahora presentábase un peligro real para el honor de su hermano: su esposa habíase apasionado ciegamente de aquel advenedizo primo, en quien admiraba el bello ideal de su corazon.

Conservábase Aurelia bastante bien á pesar de sus treinta años. Era de elevada estatura, muy blanca y tenía una cabellera rubia magnífica; ventajas que la hacian parecer hermosa, á pesar de que sus abultadas facciones daban á su semblante repelente dureza. Ella habia corregido á fuerza de estudios ante el tocador este defecto, presentando en su rostro tal expresion de dulzura y sencillez, que le atraian simpatías universales. Aquella máscara de bondad sólo desaparecia en su casa cuando se veia contrariada por su marido, ó cuando hablaba con la pobre Angela. Entónces su fisonomía cambiaba de tal modo que hubiera causado espanto á todo el que la contemplara. Mas si llegaba algun extraño, como por arte de mágia volvian su benévola mirada y su afectuosa sonrisa.

Puede comprenderse cuánto sería su afan por aparecer con la más simpática de sus caretas á su elegante primo.

Este hallábala, y complaciase en repetírselo así, *deslumbradoramente bella*. Mas otro atractivo tenia Aurelia para él superior á su hermosura: su lujo.

La distinguida señora conservaba todas sus alhajas, las que, á pesar del atraso de su casa, habíanse ido aumentando y cambiando de forma, segun los preceptos de la moda. Aquellas joyas, con tal arte presentadas, eran el imán que atraian todas las miradas del Vizconde, harto conocedor de las piedras preciosas para ignorar el valor de las de su prima, la que por esto era calificada por él como la jóven de más gusto y más espiritual de España.

Angela no habia visto al Vizconde más que los dias que éste se quedaba á comer única ocasion que ella tenía para ver á sus hermanos, mas pronto leyó en las miradas de Aurelia el terrible secreto de aquel indigno amor. Despues, desde la humilde ventana de su cuarto, veíala salir todas las tardes

con sus dos hijos mayores, observando espantada que el lugar de Pablo en la carretela acupábalo siempre aquel primo fatal, cuya fama de atrevido con las señoras era conocida hasta de los mismos criados.

=Aún es tiempo de remediar el mal, pensó, y sin demora expió una ocasion en que Pablo pasaba á su lado y le dijo con voz apénas inteligible; «Hermano, cuidado con el Vizconde... Mira por tu honra, que se halla en peligro.»

Rechazóla Pablo respondiendo con ostensible desagrado:

=Tienes poco mundo y mucha malicia. Tranquilízate; yo vivo confiado y seguro en la virtud de mi mujer.

La pobre hermana retiróse á su habitacion murmurando:

=Dios mio, ¿por qué permites que hombres honrados cierren sus ojos á la evidencia?



X.

Una mañana, Benigna, la hija mayor de Aurelia, presentóse contra su costumbre en la habitacion de su tia. Gran tormento era para ésta el despego con que la trataban sus sobrinos. Aquellos ángeles, por los que ella hubiera querido dar la existencia, heredaban de su madre el espíritu de odio que por ella sentía, manifestándosele á la pobre Angela sin ningun reboso.

Mucho contribuian á esto el *aya* y las *pasiegas*. Estas despreciables mujeres, deseosas de halagar á su señora, no cesaban de burlarse de la pobre viuda que, falta de recursos, no habia podido comprar con regalos el afecto de aquellas mercenarias. Señalábanla, pues, con toda clase de apodos delante de los niños, para los que su tia vino á ser un objeto de mofa y de desprecio.

La niña Benigna educábase en un

afamado colegio, siendo por su talento precoz asombro de sus maestros. Aún no contaba diez años y yá sabia música, francés, geografía, aritmética, historia... ibase, en fin, poniendo á la altura de todos los conocimientos humanos. Mas á pesar de tan profundos estudios no habian cuidado sus preceptores de que supiese una cosa, que segun el célebre dicho de una ilustre escritora francesa, por sí sola constituye la educacion: Benigna no sabia sentir.

La sensibilidad, no la ficticia y ridícula, objeto de justas censuras, sino la verdadera, la que puede hacernos buenos y amables, es flor que brota espontánea en el alma de los niños, mas que necesita ser cultivada, ya por los santos ejemplos y saludables consejos de una madre, ya por hacerles comprender la sublime máxima de nuestra augusta religion: *ama á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á tí mismo.*

La flor de la sensibilidad, ó mejor dirémos, para evitar esta palabra tan ridiculizada, la flor del noble sentimiento yacía marchita en el corazon de la hija de Aurelia, y la sávia que debía haberla hecho fecunda, prestaba lozanía á la loca soberbia, á la nécia vanidad y á todos los malos instintos de la niña, convirtiéndola su instruccion, por falta de sensatez y modestia, en una fátua insufrible.

Miraba Angela á su sobrina con profundo temor. Aquella criatura tan mal dirigida era implacable con ella. Jamás de lábios infantiles brotaron más punzantes sátiras que las que Benigna, aplaudida por su madre, le dirigía.

Al verla entrar ahora en su habitacion apoderóse de su alma un acerbo presentimiento; mas desechándolo cuanto pudo, llamóla hácia si con cariño.

—¿Nó me darás hoy un beso, hija mia?

No; respondió la niña con desdén. Como vés, acabo de vestirme y tu traje me tizaría. Esa ropa negra me inspira horror. ¿Hasta cuando vá á durar tu luto?

= ¡Siempre!

= ¿Siempre? Entónces tu luto vá á ser para tí lo que, segun mi aya, eres tú para nosotros, un *censo irredimible*.

= Mi luto, Benigna está en el corazón. Este traje es sólo un reflejo de mis sentimientos.

Y ¡qué feos deben de ser tus sentimientos cuando tales reflejos producen! Porque la verdad es, que estás hoy horriblemente vestida. ¿Y vás á bajar á comer como estás ahora? ¿Sí? No sé cómo tienes valor para ello.

Hoy precisamente tenemos convidados; vá á venir mi tío el Vizconde con un Marqués amigo suyo, un jóven muy guapo y muy elegante. Vienen la señora de un jefe de Estado Mayor, la viuda de en brigadier.... y qué sé yo

cuántas más. Figúrate qué papel harás entre tantas personas *comme il faut* con tu trage negro-ala-demosca, tu antiguo peinado, tu falta de soltura, tu tristeza, tus suspiros.... Yo, en tu lugar, me fingiría mala y haría que me sirviesen aquí la comida.... Y eso hoy y todos los días, puesto que casi siempre hay extraños á la hora de comer. Justamente tienes aquí una mesita que te puede servir muy bien. ¿Vés qué cómoda es? añadió quitando los objetos que habia en una mesa pequeña que acercó á su tia; enteramente parece construida para el objeto á que la destinamos.

Angela, que habia guardado silencio, atrajo hácia sí á la niña, preguntándole con tristeza:

=¿Quién te ha dado la comision que tan bien desempeñas? ¿Te envía tu mamá? ¡Dios mio! ¿Acaso tu padre?

Inmutóse algo la jovencilla, mas re-

puesta bien pronto, repuso con desenfado.

—No por cierto; ha sido sólo cálculo mio. Es verdad, añadió con pausa y como quien inventa; es verdad que el otro día escuché una conversacion, que, á mi entender, trataba de esto.

«Pablo, —decía mamá;— mira que me avergüenzo; baja hecha una máscara y esto es un desdoro para nosotros.» «La pobre, decía papá, está anticuada: quizás ella sufra al bajar cuando hay extraños.» «¿Y por qué no lo dice, le evitaríamos esa molestia?» «Quizás por no dar que hacer á los criados.» Yo creo que, al hablar papá y mamá de este modo, aludian á tí. ¿No te parece, tia?

Nada respondió Angela. Pasado un rato llamó á la niña, que tarareaba asomada á la estrecha ventana que daba á la calle.

—Hija mia, di á tu mamá que no quiero molestarla, que me puede en-

viar la comida aquí, cómo y cuando le plazca.

Miró Benigna de reojo á su tia, y al ver que por su pálida mejilla se deslizaba una lágrima, conmovióse algo murmurando con acento más suave:

=¿Nó, no, eso nó! Le diré á mamá solamente: mi tia está algo indispueta y me encarga te diga en su nombre que deseará pasar algunos dias en su habitacion y ser allí servida. ¿Se lo digo así?

=Haz lo que quieras y déjame ya. Alejóse Benigna algo pensativa, mas al ver á su madre, que la esperaba al pié de la escalera de aquel estrecho desvan, animóse de nuevo y echándole los brazos al cuello, le dijo al oido.=Estás complacida: he representado á *merveille* el papel de *enfant terrible*, á consecuencia de lo cual, mi tia, que está *algo indispueta*, desea que la sirvan en su estancia.

Dióle un beso Aurelia y alejéronse las dos riendo de lo ocurrido.

Así el talento precoz de la niña habia servido en aquella ocasion para abrir más ancha senda á la deshonra de sus padres; porque la presencia de Angela, aunque fuera por corto tiempo, algo imponia á la mujer de Pablo, y si bien la honrada viuda nada le decia, su aire digno y severo, y la atmósfera de virtud que la cercaba, eran para la dama una muda reprehension.

La única valla, aunque débil, que encontraba la desbordada pasion de Aurelia acababa de desaparecer.

XI.

Quedó Angela completamente deserrada.

Pasó algun tiempo; el dolor de la desgraciada aumentaba de dia en dia. Juzgábase, y con razon, en el caso del más desvalido preso: todos la habian

abandonado, nadie aparecía por su miserable estancia más que la mujer comisionada de llevarle la comida, la que por sus modales podía ejercer muy bien el oficio de carcelero.

Entretanto, llegaban hasta ella, aunque lejanos, todos los rumores de la casa. Muchas veces poníase á escuchar á la hora de comer, oía la voz altiva y vibrante del vizconde, oía la de Aurelia, oía á Pablo, á Pablo que respondía á los brándis, que alternaba alegre en las bromas, que parecía, en fin, haber vuelto á la juventud. También su hermano mostrábase alegre de no verla, también su presencia era para él una muda reconvencion.

—¡Desnaturalizado! ¡no se cuida de mí! murmuraba entónces y daba rienda suelta á sus copiosas lágrimas.

Atormentada sin cesar por la idea de su abandono, proponíase Angela dejar aquella casa, á donde yá no la detenían lazos ningunos. Mas, ¿dónde

iria? No conocia á nadie: de sus antiguos amigos, los que se hallaban en buena posicion, contábanse en el número de los conocidos de Aurelia, y por consiguiente, para ella lo eran sólo de cumplimiento; los desheredados de bienes de fortuna no se habian atrevido á pisar los umbrales de aquella casa á donde la pobreza era mal recibida. Debemos decir en honor de la verdad, que ninguno tuvo gran empeño en reanudar las antiguas relaciones con la infeliz viuda que llegaba á Sevilla, pobre, sola y destinada á hacer un triste papel en la casa de su hermano.

El amigo que no dá
Es cuchillo que no corta
Y perderlo poco importa.

Esto dice el pueblo, y por desgracia no falta quien siga máxima tan anti-social y anti-cristiana.

Es verdad que siempre hay honrosas excepciones: Angela habia contado con dos ó tres buenas amigas, con-

temporáneas de su madre, mas como en todo era desgraciada, la muerte arrebatóle aquellas bienhechoras que la apreciaban mucho, y que aún cuando pobres hubiéranle brindado un hospitalario asilo bajo su techo.

Estaba, pues, sola completamente sola: era una extranjera en su pátria, una extraña entre su familia. Muchas veces, acusándose de ser una pesada carga para su hermano, queria trabajar colocándose de doncella en alguna casa, pero se hallaba tan débil, los últimos disgustos habian minado de tal modo su existencia, que una fiebre lenta pero constante la consumia sin dejarle aliento para nada: ¿quién habia de recibirla así? Además tendrian que pedir informes de ella, y ¿quién los daria? ¿Su hermano? ¿Aurelia?

Desistió de su idea, ella no queria de ningun modo avergonzarlos ni causarles el menor disgusto.

Llegaba el otoño, esa estacion que

ofrece vagas melancolías á la juventud y tristes pensamientos á la edad madura. Amaneció una mañana nebulosa y fria; aquella lobreguez parecia aumentar la angustia que oprimia el ánimo de la pobre desterrada, la que recurrió como siempre, á la oracion.

Sucedía una cosa extraña: á pesar de lo mucho que habia sufrido y de que yá rayaba en los treinta y cuatro años, aún parecia muy jóven y conservábase bastante bella, más quizás que en su primera juventud. Con la estrechada delgadéz á que habia llegado, sus facciones habíanse, puede decirse, afinado; su tez habia adquirido la transparencia y el color de la más blanca cera, y sus ojos, extraordinariamente grandes, tenian una mirada tal que conmovia todas las fibras del corazon.

Arrodillada como estaba ante un Crucifijo, con las manos unidas en el pecho yalzada la vista, hubiera podido servir de modelo al artista que qui-

siera presentar la imágen de la resig-nacion.

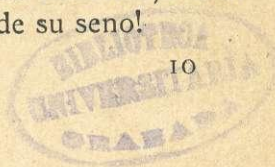
Despues de concluidas sus oracio-nes, sentóse al pié de su pequeña ven-tana, respirando con ánsia el aire fres-co y contemplando las apiñadas nubes que, como alados dragones, cruzaban el espacio. Los vientos del otoño traen en sus alas recuerdos para los poetas, para los poetas que escriben y para los que no escriben, que son muchos y sienten tanto ó más quizás que los que tienen la fortuna de dar vida por medio de la palabra al pensa-miento.

Angela jamás habia escrito versos: no sabia hacerlos, mas nó por eso de-jaba de ser poetisa, y poetisa de pri-mer órden. Las circunstancias encade-náronla desde su niñez á trabajos casi mecánicos, mas no extinguieron en ella los elevados impulsos de un alma privilegiada. Su amor á todo lo digno y bello; el ardiente cariño que profesá-

ba á su familia; el culto que rendia á la virtud, cifra de toda perfeccion, habian, puede decirse, rodeado su existencia de una atmósfera de dulce y santa poesía.

¿Qué importa que no escribiera versos? Cada una de las veladas que consagró al trabajo para atender con su producto al bienestar de su madre, era un himno al amor filial elevado por ella en mudo, pero sublime lenguaje, y aquella larga série de sacrificios que en su constante abnegacion llevó á cabo, fueron bellos cantos que formaban un poema superior á los de Homero.

Poesía, tú puedes aparecer grande, aunque horrible en los campos de batalla, suave en los vergeles, magnífica en los mares, pero eres más bella en el hogar doméstico. En él te me presentas como una pura Virgen velando por la felicidad de la familia... ¡Ay de ella si la vanidad, el libertinaje ó el capricho te arrojan de su seno!



En alas, pues, de los vientos del otoño, acudieron en tropel al pensamiento de Angela todos los recuerdos de su perdida juventud, y silenciosas lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas, prestando benéfico alivio á su oprimido corazón. Después de meditar largo espacio de tiempo, alzó la vista y las manos al Cielo, exclamando:

¡Virgen María, Madre de misericordia, tú bien sabes que siempre he sentido la noble sed de sacrificarme por la felicidad de todos cuantos he amado: soy al presente un ser completamente inútil; más aún, soy una molesta carga para mi familia...! ¡Madre mia! Haz que halle pronto término mi existencia, ó concédeme que los cortos días que me restan de vida pueda consagrarlos en bien de algun sér desvalido que necesite de mis cuidados y mi cariño. ¡Fuérame dado disminuir en algo ajenas desventuras y aún pudiera !amarme feliz!

Apénas terminada aquella plegaria, que debió ser acogida por la madre de los Desamparados, presentóse la doncella de Aurelia anunciándole, con tono semiburlesco, que un caballero preguntaba por ella y deseaba con insistencia hablarle.

Bajó la viuda, y exhaló un grito de júbilo al reconocer á un anciano comandante que habia sido íntimo amigo de su marido, al que queria como un hijo.

Despues de mútuas esplicaciones del estado de ámbos y de evocar la memoria de su querido Luis, preguntó Angela á D. Andrés Romero, tal era su nombre, si venia destinado á Sevilla.

=Nó, contestó él, y ni aún siquiera hubiera tenido que pasar por esta capital, si no fuera por complacer á un amigo que me envia á V. con una mision bien delicada.

=¿A mí?

=Sí. ¿No recuerda V. haberle oído hablar á su marido de un hermano que tuvo?

— Sí; sí; mil veces, Alvaro era constante objeto de nuestras conversaciones.

=Pues bien, Alvaro vive.

=¡Vive!

=Sí: despues de veinte y cinco años de ausencia vuelve á su pátria anciano, enfermo, y si nó pobre, al ménos con escasos medios de subsistencia. ¿Qué ha sido de él en tanto tiempo? ¿Quién lo sabe! Su vida, como la de todo el que se espatria desde jóven está rodeada del más profundo misterio El hecho es que se vé agoviado por una prematura decrepitud, y á mi entender bien desgraciado. Desde que llegó ocupóse de hacer las más activas indagaciones, sediento de encontrar á su hermano; al fin supo su muerte y algunos compañeros lo dirigieron á mi, sabiendo la amistad que nos unia. Ha-

bléle largamente de Luis y de usted: bien espía D. Alvaro su olvido; durante la relacion que le hice de la muerte de su hermano, lo ví llorar como un niño. Despues exclamó impetuosamente: «Yo quiero conocer á Angela; quiero conocer á esa hermana querida: ella, que tan buena fué para Luis, ¿querrá perdonar y admitir á su lado á este hermano sin ventura?» Díjele que no lo sabia, y entónces; estrechando mis manos entre las suyas, añadió derramando lágrimas: «Por compassion, sea V. mi medianero para con ella.... Dígale V. que, en memoria del esoso que tanto amó, haga la inmensa obra de caridad de venirse á mi lado, que yá poco la molestaré, por que mis dias tocan á su término, y sólo deseo una persona buena y compasiva, como ella, que vele por mí en las terribles horas que me esperan, y cierre mis ojos para el sueño eterno.» En fin, fueron tantos sus ayes y súplicas, que ac-

cedí á su deseo. Y en Sevilla nos tiene V. á los dos, yo para marcharme, cuando pueda llevarle la repuesta adversa ó favorable que usted me dé, él para establecerse aquí, donde ha tomado ya una bella aunque humilde casa, en la que se halla instalado. Hable V. pues.

Angela, sin poder contener su emocion y sorpresa, murmuró:

=Será posible que yo pueda á pesar de mi soledad y pobreza hacer algun beneficio en el mundo? ¿Usted conceptúa, mi buen amigo, que puedo ser útil á ese desgraciado?

=No lo dude V.: se halla en el mayor abandono y casi á las puertas de la muerte.

=Pues bien, dígale V. que al momento volaré á su lado. Nada absolutamente nada poseo; mas no pregunto con qué medios cuenta para subsistir: si preciso fuese, para él pediria limosna.

—No esperaba yo ménos de su buen corazon.

Despidiéronse, y Angela entró en su estancia más tranquila, casi feliz, dando gracias á Dios desde el fondo de su alma, por que al fin le daba una noble mision que cumplir en la tierra.

XII.

La mayor ansiedad reinaba al dia siguiente en el corazon de Pablo. Corrian acreditadas noticias de trastornos políticos esperándose de un momento á otro uno de esos pronunciamientos repentinos que llevan la consternacion á la morada de los que viven del presupuesto, tan innumerables por desgracia en esta nacion, que á no ser por tal plaga, sería rica y floreciente.

Pablo no era hombre político; era sólo un empleado probo y sumamente hábil en su negociado, y hasta allí todos los gobiernos habian utilizado sus

buenos servicios. Mas la desgracia hizo que, por complacer á un amigo en recientes elecciones, se afiliase, sin pensarlo, á una bandera política que acaso jamás hubiera sido la suya. Habia, pues, marcado su opinion, y aquel imprudente paso podia serle bien fatal, sirviendo de pretexto para destituirlo á los infinitos famélicos de empleos, que son los principales móviles de todos los cambios.

Pensando estaba en esto y revisando sus cuentas el desdichado padre de familia, cuando de repente llegó Aurelia exclamando sin consideracion ninguna:

—¿Sabes la novedad que hay? Angela se marcha y nos *abandona* de nuevo. Y ¿con quién dirás? Con un hermano de su señor marido que ha venido no se sabe cómo, cuándo ni de dónde, que está paralítico y pobre, y necesita un ama de gobierno que le sirva grátis ó una hermana de caridad que

lo asista: ¿qué dices á esto Pablo?

—Digo, que por favor me dejes en paz, que soy bastante desgraciado y no quisiera que los disgustos domésticos aumentasen mis penas.

—Es que yo vengo comisionada por ella para decírtelo, porque se marcha ahora mismo y quiere despedirse de tí.

En aquel momento sonó la voz de un ciego que pregonaba: «El nuevo parte que acaba de recibir el Sr. Gobernador, donde se dá noticia de la caída del Gabinete: aquí verán los nombres de los nuevos Ministros.»

Pablo lanzó un grito de horror. En tanto la Giralda dejó escuchar el sonoro repique de sus alegres campanas. Ese concierto sagrado que se oye, á la vez que en Sevilla, en diez ó doce pueblos de sus alrededores, que llena de júbilo el alma de los buenos sevillanos, sirvé en nuestros tiempos, con harta frecuencia por desgracia, para anunciar acontecimientos que suelen

llevar la alarma al pueblo honrado y laborioso, y el dolor á muchos corazones. ¡Cuántas veces esos veinticuatro sagrados bronces, cada uno de los cuales lleva el nombre de un santo, han aplaudido con su mística armonía hechos vandálicos y triunfos funestísimos para la pátria!

A la sazón aquellos vibrantes sonos eran para Pablo toque de muerte: eran el anuncio de su futura humillación, de su inevitable ruina.

¿Comprendía Aurelia lo que en aquel momento sufría su marido? ¿Era tanto su desamor hácia él que no adivinaba las angustias de aquel atribulado corazón? Es lo cierto que, sin cuidarse de lo que anunciaban así el repique como el creciente rumor que formaban los infinitos grupos de hombres que recorrían las calles dando vivas y mueras á personas determinadas instituciones diversas, prosiguió implacable:

—¿Qué digo á tu hermana? Mira que viene á despedirse de tí, porque se marcha ahora mismo á casa de su cuñado.

Como si hasta aquel momento no hubiera Pablo comprendido lo que le decia, alzó la frente, y exasperado como estaba, respondió con iracundo acento:

—Que, ¿se marcha Angela con el hermano de Luis? Pues bien, no quiero verla.... Dile en mi nombre que una vez la perdoné, mas que si reincide no cuente conmigo para nada, y si abandona esta casa, que sea para siempre, ¡para siempre! ¡Márchese en buen hora, y no nos volvamos á ver más en la vida!

Un sordo gemido sonó en la habitacion inmediata: Angela, que llegaba á despedirse, habia oido las duras palabras de su hermano.

Éste sintió impulsos de correr hácia ella, estrecharla entre sus brazos, pedirle perdon por su actitud, supli-

carle que no dejase de ir á verla alguna vez á su casa.... ¿Por qué, Dios mio, en momentos solemnes pasan las buenas ideas como relámpagos por algunas almas?

Aurelia, que ahora adivinaba bien los pensamientos de su marido, acercóse á él y le dijo en voz baja:

=No te muevas, vas á pasar un disgusto; bien sabes lo obcecada que es *esa mujer*. Yo iré á despedirla.

Pablo habia vuelto á su atonía y ella corrió en pos de Angela, que habíase alejado en silencio y bajaba la escalera.

=Ya ha oido V. á su hermano, le gritó; yo no tengo que hacer más que decir lo mismo: que hoy deja V. esta casa para siempre.

=¡Para siempre! repitió la pobre viuda. Mi hermano dice bien: *¡no nos volveremos á ver más en la vida!*

Cubrióse el rostro con el espeso velo de su manto para que no la vieran llo-

rar por las calles y alejóse de aquella mansion, de donde acababa de ser despedida casi ignominiosamente.

XIII.

Quien pueda contar los medios de que se vale la caridad para prolongar la vida de los agonizantes y aménorar las penas de los corazones tristes, comprenderá los afanes y desvelos de la viuda de Luis, en la asistencia de aquel desventurado enfermo, que el cielo habia puesto bajo su custodia. Dos graves penas oprimian su alma: la primera haber sabido en la consulta que citó de los primeros facultativos de la capital, que no sólo no tenía remedio la enfermedad de su hermano, sino que el término de ésta no se haria esperar mucho, como el mismo paciente lo comprendia. Era el otro pesar hallarse ella tan mala de salud, que temia verse de un dia á otro imposibi-

litada de seguir en su noble tarea.

En efecto; la honda impresion que le hizo la dura despedida de Pablo, habia hecho que la fiebre, que desde algun tiempo la venia consumiendo, se agravase de un modo terrible.

=Si yo sucumbo, murmuraba al sentirse desfallecer, ¿qué será de este desgraciado enfermo?

Esta idea daba tal fortaleza á su espiritu, que puede decirse que sólo su firme voluntad era lo que sostenia su vida. Alarmados los facultativos al verla, recomendábanle el reposo, mas la ciencia engañábase tal vez en aquel caso excepcional: en el estado de sobreexcitacion en que se hallaba su ánimo, una quietud forzosa hubiera quizás acelerado su muerte. A pesar de la fiebre, su actividad era asombrosa; no faltaba un solo dia de atender á todas las necesidades de la casa, ni una sola noche de velar á la cabecera del moribundo.

Padecia Alvaro una enfermedad de corazon que lo dejaba á veces, y durante muchos dias, sin movimiento y casi sin sentido. Estos accesos iban siendo cada dia más frecuentes, y él no ignoraba que pronto debía llegar el último. En esta idea, una mañana, que se hallaba mejorado al parecer, mas con síntomas de gravedad, hizo sentar á su lado, á su compasiva enfermera, y le dijo estrechando sus manos entre las suyas:

=No te sorprendas, querida Angela, de la determinacion que he tomado y que deseo participarte. Aunque yo yá, segun tus dignos consejos, he hecho como católico todos los preparativos para el *gran viaje*, he mandado llamar de nuevo á mi confesor y asimismo á un escribano y dos testigos, uno de los cuales lo será nuestro buen amigo don Andrés Romero, el que, como tú sabes, por complacerme permanecerá en Sevilla todo el tiempo que dure su licen-

cia. Haré testamento: no quiero dejarte en el desamparo en que has vivido. Soy rico; todo mi caudal será para tí.

Angela hizo un movimiento de asombro.

=Conozco la susceptibilidad de tu conciencia, prosiguió el enfermo; pero tranquilízate: mi caudal está legalmente adquirido. Tú bien sabes que cuando abandoné mi pátria aún era jóven: durante mis primeros años de permanencia en Méjico á donde fuí, trabajé mucho; dedicaba las noches á llevar los libros de una casa de comercio y trabajaba sin descanso, durante el dia, en casa de un joyero. Era bastante ingenioso; por pura aficion habia aprendido ese arte, que llegó á serme muy productivo. A fuerza de economías reuní en breve un capital; corto era, mas el oro, cuando está en manos activas, llama al oro, y no tardó mucho sin que el pobre artífice y humilde empleado apareciese en el número de los más

respetables comerciantes. Los felices resultados de mis ensayos diéronme ánimo; asociéme á várias empresas: trabajé sin descanso, siendo tal mi suerte que algun tiempo despues yá era lo que aquí llamamos millonario; y diez años más tarde figuraba entre los capitalistas áun en aquel país de Cresos. El trabajo y la economía hicieron solamente aquel prodigio Te aseguro que en ninguno de mis negocios falté á la probidad que heredé de mis honrados padres. Una sola ha sido mi falta, la cual sufre terrible expiacion. La avaricia me hizo ser insensible con mi pobre hermano: yo tenia el tranquilizador convencimiento de haberlo dejado bien colocado en una carrera que, dado su pundonor, tenia un porvenir, si no brillante, al ménos seguro. No contesté, pues, á ninguna de sus cartas temiendo que pudiese algun dia, como jóven que era, pedirme dinero. Mi ilusion era presentarme á su lado inmensamente rico.

Los avaros juzgamos ser eternos. Al fin he vuelto á mi pátria; pero ¡cómo! Cuando yá el no existe, y yo estoy inscripto en el registro de los elegidos de la muerte.

Detúvose Alvaro fatigado, y en breve continuó:

=Mis bienes podian ser más cuantiosos, pero al retirarme del comercio y realizar mis fondos he perdido mucho. Además hice grandes donativos á los fieles dependientes que por espacio de muchos años habíanme auxiliado en mis tareas, y á los cuales no volveria á ver más. No sé si fué por la alegría de volver á mi pátria ó por la tristeza de abandonar aquella tierra, que tan hospitalaria habia sido para mí habiase efectuado un cambio total en mis sentimientos, despertándose en ellos la generosidad por tanto tiempo adormecida: ninguno de mis servidores debió quedar quejoso.

A pesar de tan grandes gastos, mi

capital asciende aún á treintta y siete millones de reales, que hoy mismo serán para tí.

Angela no habia vuelto en sí de su asombro. Al escuchar aquellas últimas palabras exclamó llorosa:

—Y ¿de qué me servirán si yo tambien estoy á las puertas del sepulcro?

—Es verdad, pobre hermana mia: no gozas de salud; mas si por desgracia mueres, puedes legar tu herencia á quien quieras, Tienes familia que te amará: ¿cómo no ha de amarte cuando tan buena eres?

Angela sonrióse con tristeza.

—Puedes dejar por heredero, continuó Alvaro, á aquel de quien más pruebas de cariño hayas recibido. Además, yo no te impongo condiciones; puedes hacer de ese caudal el uso que te plazca.

Dos dias despues espiraba Alvarn en los brazos de su heredera la desconsolada Angela.

XIV.

No dejan de contemplarse, si bien no con frecuencia, casos de enriquecimientos rápidos; ora por la lotería, ya por herencias inesperadas, ya por gran prosperidad en los negocios, ó bien por otras diversas causas. Generalmente todos los que han pasado la infancia y la juventud en la escasez ó la miseria, al cambiar de fortuna cambian así mismo de carácter. Mas no todos varían del mismo modo, y si unos truecan la bondad y la amable modestia por esa vanidad insensata que se atribuye á los recién enriquecidos, en cambio otros existen, y el lector no dejará de conocer alguno, que, habiendo sido adustos é intratables en la desgracia, se vuelven francos y bondadosos en la prosperidad. Es que esa esquivéz de los que se hallan en mala posición, y que muchos

traducen por orgullo, suele ser exceso de modestia.

No tendria Angela que aparecer en ninguno de estos dos extremos al hallarse en posesion de su inmensa fortuna: era demasiado claro su entendimiento para envanecerse por aquel oro que la Providencia ponía en sus manos, y, noble y digna, habia sido siempre harto bondadosa con todos para no serlo más al cambiarse su papel de protegida en el de protectora.

Decretado, empero, estaba que aquellas excelentes cualidades quedáran ignoradas. Poco despues de espirar don Alvaro ella tambien entraba en la agonía. Mas aquella agonía extraña no presentaba síntomas alarmantes: es que no existía en ella enfermedad ninguna; la muerte llegaba por inanicion, los lazos de aquella gastada vida desatábanse en silencio.

Excepto el confesor y Romero, nadie sabia las disposiciones testamen-

tarias de don Alvaro. En la casa no habia cambio ninguno, por lo cual Angela, no mirada como rica, veíase libre de esas atenciones molestas, por lo exageradas, que suele emplear la gente mercenaria con las personas acaudaladas.

· Era el 1.º de Noviembre. D. Andrés Romero y algunas personas de la vecindad que acompañaban á la pobre doliente, bien agenos del estado de gravedad en que ésta se hallaba, marcháronse al cerrar la noche, por temor á la lluvia que amenazaba. A poco, Angela mandó á sus sirvientes que se retiráran y encerróse en su habitacion.

La soledad, el profundo silencio que reinaba en torno suyo, interrumpido sólo por el lúgubre tañido de las campanas que doblaban como víspera que era del dia de Difuntos, envolviéronla en la densa nube de tristeza que tantas veces habíase apoderado de su espíritu. Sentada en una butaca, entre-

gábase como siempre á sus amargos recuerdos, y cada vez que las vibraciones del sagrado bronce despertábanla de su letargo, elevando la vista al cielo murmuraba:

=¡Madre mia! ¡Luis! ¡Alvaro!... ¿Me llamais? Sí, sí: pronto iré á reunirme con vosotros.

De improviso asaltóle una idea que yá por dos ó tres veces habia reinado en su imaginacion.

=Cuando yo no exista, pensó, ¿quién poseerá estos bienes? ¿Pablo? ¿Aurelia? ¿Ellos, injustos é implacables enemigos de aquel que á fuerza de privaciones pudo adquirirlos? ¿Los que odiaron sin razon á Luis? ¿Los que me dejaban morir en el más completo abandono?... Nó, nó; ¡imposible! Yo quiero, yo debo hacer testamento, y pronto, pronto, por que mi vida se acaba. Mas ¿á quién legaré mi fortuna? seguia diciendo para sí. Mi buen amigo Romero es anciano y no tiene familia: este cau-

dal inmenso quedaria pronto sin dueño, siendo quizás objeto de pleitos escandalosos. Le dejaré sólo capital suficiente para que no viva esclavo de su carrera, y buscaré otro sucesor. Alvaro; tú no me impusiste condiciones; mas poco ántes de tu muerte decia «Deja tu caudal á aquel de quien más pruebas de cariño hayas recibido.» He tenido amigas, evocaré recuerdos... La que más fiel me haya sido, esa será mi heredera.

Y levantándose febril y agitada, encendió una bujía en la ténue luz de la mariposa, sacó de la cómoda un cofrecito de ébano con incrustaciones de nácar, donde guardaba su correspondencia, esparcióla sobre la mesa y, sentándose, abrió con mano temblorosa las cartas una por una, leyéndolas por orden de fecha. Las más antiguas, las que recibió en Avila cuando Luis vivia aún, estaban llenas de frases cariñosas y finos ofrecimientos, las posteriores

de las mismas personas, recibidas en contestacion á las que ella habia escrito demandando un asilo cuando gemia despreciada en casa de Aurelia, todas eran frias, escusándose sus autoras de recibirla, unas por no tener casa, otras temiendo incurrir en el enojo de sus hermanos si le efrecian hospitalidad.

—Ninguna tuvo compasion de mí, pensaba. ¡Amistad! ¡Cuántos desengaños sufrimos aún de los mismos que te invocan! Mas no por tan tristes decepciones dudo de tu benéfica influencia.... Sí; existen séres que responden á tus inspiraciones... ¡Dichoso el que los halla! No desistiré empero de mi idea, continuó, que es justa: si no tengo un heredero digno, recurriré á la fatalidad, recurriré á una de esas excentricidades que parecen increíbles.... Al rayar el dia abandonaré mi casa, estrecharé contra mi corazon al primer niño pobre que encuentre. lo adoptaré por hijo, será mi heredero, y, á falta suya su

familia si es honrada. Tendré al ménos la satisfaccion de haber hecho feliz á un inocente, que me consagrará un recuerdo de cariño, quizás una lágrima de gratitud.

Decidida hizo pedazos, arrojándolos al suelo, todos aquellos testimonios de las sufridas ingratitudes, y registró la caja por si quedaba alguno. Al peso de su mano desprendióse un doble fondo que tenia el cofrecillo, del cual no se acordaba. En aquel *secreto* aún restaba otra carta. Abrióla apresuradamente exhalando un apagado grito de sorpresa.

Era de Pablo; mas de Pablo cuando niño bondadoso cedia á los nobles impulsos del santo cariño fraternal. Aquel papel, amarillo por el tiempo, tenia alrededor una ancha cenefa, en el centro de la cual estaban trazadas estas palabras con menuda y bella letra:

«En prueba de profunda gratitud coloco á tus piés, hermana mia, esta

humilde ofrenda, que, á falta de otro mérito, lo tendrá para tu corazón al saber ha sido adquirida con la primera cantidad que, con el sudor de su frente, ha ganado tu amante hermano, Pablo.»

Volvió la hoja: al respaldo había otros renglones trazados con temblorosa mano. Besólos Angela con respeto: había reconocido la letra de su madre.

«Hija querida, decía: sea para tí tan delicado presente, perpétuo testimonio de la gratitud y el cariño de tu hermano, que tan buen empleo ha sabido dar al primer fruto de su trabajo. Conserva siempre esta dádiva, y reflexiona al contemplarla que, aunque de escaso valor real, solo pudieras pagarla á peso de oro, y aún así no bastaría.»

¡A peso de oro! murmuró Angela tomando la caja y mirándola con cuidado. Es verdad; yo deseé un día, cuando jóven, este cofrecito de ébano con incrustaciones de nácar, y mi hermano se apresuró á ofrecérmelo. ¡Con cuánto

amor lo hizo! ¡Cuántas privaciones le costó su obsequio! Tengo esa deuda que habia olvidado.... Él la habrá olvidado tambien. Más no importa, te obedeceré, madre mia; pagaré su dádiva al precio que deseas.... Mañana apenas raye el alba, colocaré este cofre en una balanza, yarrojaré el oro que pese al rostro de Pablo, para no deberle nada al morir.

XV.

Fatigada la triste moribunda, volvió de nuevo á la butaca, destrenzóse el cabello con mano temblorosa y arrojó léjos de sí el pesado abrigo que habíase colocado sobre su larga bata blanca: sentia un calor sofocante á pesar del frio glacial que reinaba en la atmósfera: era que su lenta fiebre sufría un violento recargo.

Con la cabeza reclinada en el respaldo de su asiento y los brazos ten-

didos, quedóse largo tiempo inmóvil y de nuevo sumergida en sus tristes recuerdos.

La noche tocaba á su término; en la elevada torre dejóse oír el lento y acompasado son con que la *Santa María*, la mayor de sus campanas, anuncia los primeros destellos del alba. Al escuchar el sonoro y grave tañido, un estremecimiento nervioso agitó los miembros de Angela que murmuró como respondiendo á las fantásticas imágenes que se levantaban en su pensamiento:

=Te obedeceré, madre mia; pagaré esa deuda sagrada.... Pronto, pronto, traedme una balanza; mis fieles criados, traedme todos mis bienes...¡Pronto! ¡pronto!... Mi vida se acaba por momentos y quiero pagar esa deuda.

Y al decir esto, febril, delirante, vió á sus criados llegar y suspender del echo una gran balanza, tan grande que no hubiera podido caber en aquella modesta casa. Angela vió su alcoba

trocada en un dilatado salon.

=¡Pronto! ¡pronto! seguia diciendo con gran angustia: ¡mi caudal!, traéd-melo! ¡Quiero pagar esa deuda!

Dirigiendo los ojos en rededor vió treinta y siete arcas llenas de oro. Cada una contenia un millon. Era todo su caudal.

=Pablo, nada te deberé en breve, prosiguió con sardónica sonrisa. Y tomando el cofrecillo, dirigióse palpitante y fatigada hácia la balanza. Era ésta una palanca de muchos metros; á cada uno de sus extremos pendia un gran círculo de bronce, suspenso por cuatro gruesas cadenas. En uno de aquellos platillos gigantescos puso Angela el cofre de ébano con incrustaciones de nácar.... A su peso cedió la balanza, el círculo de metal corrió hasta el suelo produciendo un vibrante sonido.

La pobre enferma sintió un nuevo estremecimiento; aún seguian sonando las graves campanadas del alba.

—Ahora, exclamó, en el otro extremo de esa balanza colocad oro, ¡mucho oro!

Cuatro hombres pusieron todo el que contenia una de las arcas en el platillo libre, que no tuvo el menor movimiento.

—¡Más oro, más oro seguia diciendo Angela.

Dos ó tres arcas habian quedado vacias: la inmovilidad continuaba.

¡Más, más oro! seguia gritando delirante la enferma.

Todo el que contenian las arcas fué trasladado al platillo: el opuesto no se habia levantado del suelo ni una sola línea.

Angela contempló con espantados ojos la cajita de ébano y nácar.

—¿Tanto pesa? murmuró. ¿Tanto es el valor de esa dádiva que no voy á poder pagarla?

Y fatigada, temblorosa, acercóse al extremo á dónde su caudal hallábase

colocado. En el centro del círculo de bronce habia una pirámide de monedas de oro: el mismo efecto hacia que si allí se hallase colocada la más leve arista; la balanza por aquel lado estaba más de un metro levantada del suelo.

=Aun con todo ese oro no puedo pagar mi deuda, continuaba; mi deuda, que es de cariño. ¡Pobre hermano mio! ¡Cuán grande era el que entónces me tenias! Eras para mí un hijo, yo tu segunda madre.... ¡Cuántas pruebas! ¡Qué constante abnegacion durante nuestras largas desventuras! Y aún seguirias siendo mi bueno, mi fiel hermano si más digna compañera hubiérate tocado. Tú hubieses acogido á mi desgraciado Luis, que acaso viviria; viviria tal vez nuestra madre, seríamos una familia unida, respetada, rica, modelo de virtudes... Hoy... ¡Desdichado Pablo!... Tu débil carácter te hizo esclavo de la vanidad de una insensata

y hoy estás á las puertas de la miseria, al márgen de la deshonra.... Tú, tan probo, agoviado de deudas, mirado con desdén por los hombres honrados!... ¿Cómo yo, nécia de mí, siendo rica pensaba dejarte en la pobreza y el abandono?... ¡Nunca, nunca! Acepta mi caudal como precio de tu dádiva.... Pero no: no basta este oro á pagarla... ¿Moriré con ese dolor?... ¡Más oro, más oro! gritaba fuera de sí. ¿No veis que la balanza no se inclina? ¡Más oro, más oro!

—Al decir esto oprimia penosamente entre sus manos una de aquellas gruesas cadenas procurando con todas sus fuerzas que bajase. Trabajo inútil, el peso continuaba inmóvil.

—¡Dios mio, Dios mio, proseguia con la respiracion anhelosa, yo no quiero, no quiero morir sin haber pagado mi deuda! Pablo, hermano mio, ¡cuán grande ha sido tu cariño! Perdóname, perdóname, añadió bajando la frente,

perdóname!... Yo tambien te perdono y te bendigo, pidiendo á Dios alcances toda la felicidad de que yo he carecido en la tierra.

Así diciendo, sintió acudir á sus ojos una lágrima de ternura. Aquella gota de celestial rocío deslizóse por su mejilla, cayendo en el jigantesco *platillo* de bronce que bajó rápidamente hasta el suelo: el peso habíase nivelado.

=¡Gracias, Dios mio, gritó, he sido perdonada: he pagado mi deuda, no con oro, con mi cariño. que ha renacido grande y puro en mí corazon.

Y sintió al decir esto tal estremecimiento de gozo, que le hizo levantar los brazos al cielo en señal de gratitud.

Alzó la frente, abrió desmesuradamente los ojos que dirigió asombrada por la habitacion, alumbrada ya por la luz del dia.... Hallábase sola, completamente sola y sentada en la butaca, de la cual no se habia movido. Cesó su delirio desapareciendo con él las vagas

sombras que turbaron su imaginacion. Lo que desgraciadamente no era sueño era su proximidad á la muerte. Ella comprendíalo así; sintióse libre por un momento de su fiebre tenaz; queria aprovecharlo para hacer sus últimas disposiciones, y levantándose agitó con violencia el cordon de la campanilla. Acudieron cuantos se hallaban en la casa: ya no eran los fantasmas que algunos minutos antes poblaban su imaginacion, eran en realidad sus criados.

=Pronto, por caridad, les dijo, llamad á mi confesor; que venga un escribano y testigos, quiero hacer testamento.

No os detengais un solo instante, que mi vida toca á su término.

Los sirvientes salieron despavoridos á cumplir las órdenes de su ama.

XVI.

«Bien vengas mal si vienes solo», dice el adagio; y en efecto, pocas veces el que se ve herido por una gran desventura, deja de sufrir otras infinitas.

Los temores de Pablo habíanse realizado: quedó cesante, y, al hallarse á las puertas de la pobreza, en vez de los consuelos que su triste corazón necesitaba, halló sólo amargas é injustas recriminaciones de Aurelia, la que, no juzgándose ya obligada á guardar ningunas consideraciones con el que, según ella, por torpeza é imprevision habíale conducido á la ruina, manifestábale, sin rebozo alguno, el más profundo aborrecimiento. A la vez aumentábanse sus preferencias hácia el Vizconde. Tan ostensibles hiciéronse éstas, que Pablo las notó, á pesar de su débil carácter y de lo mucho que su precaria situación le preocupaba.

Arrepentido de haber desdeñado los avisos de su digna hermana, y anhelando poner remedio, aunque tardío, á tal peligro, habló á Aurelia primero con buenos modos y justas consideraciones, y despues, en vista de la acritud de su mujer, con la firmeza que su autoridad le daba, prohibiÓla terminantemente que en ausencia suya recibiera al Vizconde y que éste la acompañára á los paseos.

Aquel dia llegó el encono de Aurelia al más alto grado.

= ¡Miserable! dijo rechinando los dientes de rabia, apénas se halló sola. ¡Has adivinado mi pasion desgraciada y nos has sabido comprenderme! Si; yo amo á Enrique, pero mi amor es grande y puro, como tú no puedes imaginarlo jamás! Yo, por consideracion á tí, he desoido las apasionadas súplicas de mi primo: he sido fuerte á sus exigencias, he rechazado sus proyectos.... y así me lo agradeces!

Después de pasear largo rato por su habitación, con la inquietud de la pantera, Aurelia escribió á su primo pidiéndole no volviese á verla, y pintándose como víctima desgraciada de su deber y del encono de un marido injusto y déspota.

La insensata llamaba amor puro á la vergonzosa inclinación que sentía hácia aquel sér despreciable. A pesar de su tácita deslealtad, juzgábase honrada por haber rechazado las exigencias de su primo, exigencias provocadas por sus coqueterías; y aquel escandaloso capricho era apellidado por ella *pasion desgraciada*, nombre con que tantas veces tratan, aunque en vano, de encubrirse la fragilidad y el libertinaje.

Otro acontecimiento llegó en breve que debía poner á prueba el amor de aquellos desdichados esposos. Los acreedores de Pablo, que yá sólo veían en él al pobre cesante ridiculizado por

el lujo y la conducta equívoca de su mujer, trataron sin conmiseracion ninguna de exigirle todo cuanto les debia. Algunos, compadecidos de su triste situacion, perdonaron la deuda ó aplazaron el cobro para otra época más oportuna: mas otros trataron de reunirse para cobrar judicialmente lo que pudieran.

Pablo dió tan infausta nueva á su mujer, que se manifestó sumamente afligida.

=Tranquilízate, añadió él; contamos con medios para conjurar esa desgracia. Tenemos aún muchas y muy buenas alhajas. que, vendidas en conciencia pueden darnos cantidad suficiente para redimir nuestra deudas y aún para que nos reste algo con que subsistir en tanto que no cambie nuestra posicion.

=¡Nunca! gritó Aurelia, levantándose como si hubiese sido mordida por un áspid. ¡Desgraciado, continuó; ¡ima-

ginas que pueda yo consentir que *mis joyas* corran la misma suerte que por tu debilidad é imprevisión espera á todo cuanto paseemos? ¡Nó, y mil veces nó! Es lo único que resta de *mi patrimonio*: son *alhajas de familia*, de que no puedo ni debo deshacerme, y las ocultaré con tiempo, dándolas en depósito á persona segura si no basta mi *carta de dote* para salvarlas de la justicia.

=Y permitirás que se lleve á cabo el escandaloso embargo, y que tu marido se vea acaso reducido á prision?

=Supuesto que sabes el peligro que corres, con tiempo ocúltate ó apela á la fuga. Dispon las medidas que juzgues oportunas, pero tén entendido desde ahora que mis diamantes no se venden.

Al escuchar estas palabras, sintió Pablo extinguirse en su corazón la última chispa que aún restaba de aquel amor que por tantos años habíalo te-

nido ciego. Levantóse, y dirigiendo una mirada de supremo desden á su indigna compañera, corrió á encerrarse en su escritorio. Necesitaba estar solo: allí, apoyados los brazos en el buró y reclinando la frente en sus temblorosas manos, pudo, sin testigos, dejar correr las abrasadoras lágrimas que oprimian su pecho y evocar entre sollozos la memoria de su noble y honrada madre.

XVII.

Amaneció el 2 de Noviembre, triste cómo siempre lo es, y para Pablo más aún, por ser aquel día víspera del designado para que pasase todo cuanto le pertenecía á poder de sus implacables acreedores.

La previsora Aurelia tuvo buen cuidado de ocultar sus joyas, como habia dicho.

A las diez de la mañana hallábanse ámbos esposos reunidos en el comedor. Ella, avergonzada, pero no arrepentida de lo que habia hecho, aparecia trémula y sin atreverse á levantar los ojos; él, aunque triste, mostrábase resignado.

Proponíase Pablo ceder sus bienes y al mismo tiempo la paga que, como cesante, percibia del Gobierno. Habia además prevenido, para entregarlo á los interesados, un documento en el que se obligaba á resarcir sus perjuicios con los bienes que pudiera adquirir en lo futuro. Esto, que no lo habia hecho por mera fórmula, sino por deseo de su corazon y con el firme propósito de cumplirlo si podia, tranquilizábalo en medio de su desdicha.

Sentados los dos á la mesa, disponíanse, sin dirigirse la palabra, á tomar el modesto desayuno que les aguardaba, cuando la única criada que les habia quedado presentó una esquila

traida por un hombre, que aguardaba en el patio.

Pablo lanzó un grito al leerla:

— ¡Dios mio! ¡Mi pobre hermana está acabando! ¡Quizás yá no exista! Y yo que tan ingrato he sido con ella, sentiré por siempre el dolor y el remordimiento de no haber podido recibir su último suspiro!

Levantóse, y tomando el sombrero, salió precipitadamente. Corrió Aurelia tras él y lo detuvo en la galería.

— ¿Vas á verla? le preguntó.

— ¿Acaso puedes dudarlo?

— ¡Vas á traerla de nuevo á mi lado!

— ¡Ojalá pudiera ser, ella nos salvaría!

— ¡Vas á traerla para que sea nuestra perpétua reconvencion, para que critique todos nuestros actos, para que me expíe y me calumnie!

— El que bien obra no debe temer nunca que lo expíen.

— Escúchame, Pablo, añadió ella

estrechándole con fuerza una mano; si *esa mujer* vuelve, abandonaré *mi casa*.

O vives con ella ó conmigo. ¿A cuál prefieres?

La mísera, creyendo que aún conservaba su antiguo prestigio, valíase de los medios que acostumbraba para triunfar, sin comprender que el amor inmenso que su marido le tuvo había muerto para siempre. Las personas débiles, cuando salen de su apatía, suelen ser más duras en sus decisiones que las de firme carácter.

—¿Que á cuál prefiero? gritó con voz terrible el hermano de Angela. ¡A ella mil veces! ¡A ella, que es modesta, que es generosa, que es compasiva, que es honrada!... ¡A ella, ántes que á tí, que tienes corazon de tigre y alma de hiena! ¡A ella mil veces ántes que á tí, que eres, á mis ojos, el sér más indigno y despreciable!

Y rechazándola con violencia, bajó la escalera precipitadamente.

Lanzó la dama un grito de rabia, y cruzando los brazos permaneció algún tiempo inmóvil. El que hubiera podido notar el extraño fuego que despedían sus ojos y el ódio que revelaba su semblante, horriblemente contraído por el despecho y la cólera, huyera de ella aterrorizado.

A poco volvió á su habitacion. Fatigada y con mano temblorosa púsose á escribir murmurando:

=¡Pablo, tú lo quieres!... ¡Me desprecias! ¡Me humillas! ¡Me abandonas!.. ¡No te quejes si mi venganza es terrible!

XVIII.

La existencia de Angela tocaba á su fin. Había desaparecido la fiebre, y al ir lentamente espirando, como una luz que se extingue, hallábase en su cabal acuerdo, que Dios concedíale el don de conservar en su agonía toda

la plenitud de su clara inteligencia.

Reclinada en un ancho sillón, con las manos cruzadas sobre el pecho y elevada al cielo la vista, repetía con apagado acento las consoladoras palabras que un sacerdote pronunciaba á su lado. Mas apénas sentía rumor fuera de su alcoba, incorporábase, aunque con trabajo, abría los ojos y preguntaba afanosa:

=¿Es Pablo? ¿Es mi hermano?

Cuando conocía su error y apoyaba de nuevo en el respaldo su cabeza, tornaba á cruzar las manos y proseguía sus fervientes plegarias.

Poco despues de las once y media oyéronse apresurados pasos en la antesala. Angela volvió á incorporarse, y levantando los brazos exclamó:

=¡Gracias, Dios mio, al fin logro verlo!... ¡Ahora sí que es mi hermano querido! ¡Ahora sí que es mi hermano!

=Sí, yo soy, gritó Pablo entrando

apresurado y estrechandola contra su corazon. Yo soy, que vengo á que me perdones, á pedirte por la memoria de nuestra santa madre, que olvides mis pasadas ingraticudes. Yo soy que vengo á repetirtè una y mil veces que nunca has dejado de ser mi hermana querida, mi compasiva bienhechora, mi digna consejera, la que puede aún salvarme de la existencia de opróbio y desventura que me amenaza. Seguro de tu cariño sé que me perdonas: ¿es verdad que me perdonas?

Al decir esto miró el rostro de su hermana y lanzó un grito de angustia: entre sus brazos oprimia sólo un yerto cadáver.

Dos horas despues, vuelto en sí Pablo de su desmayo en que habia quedado despues de aquella escena de muerte, hallóse en una habitacion distinta y rodeado de personas desconocidas.

=Cumpló, señor, la promesa que

hice á su hermana de usted, dijo don Andrés Romero entregándole el cofrecillo de ébano con incrustaciones de nácar y una esquila.

Pablo miró aquel objeto que despertaba en su imaginacion vagas memorias, y abrió la carta. Vió un papel amarillo por el tiempo y rodeado de ancha cenefa: sus ojos se fijaron en lo que veinte años ántes habia escrito á su hermana. Despues de leerlo y asimismo los renglones trazados por su madre, vió otros de menuda letra que decian así:

«He obedecido como fiel hija; he conservado tu dádiva; el precio de ella es cuanto oro poseo y el acendrado cariño que, dando al olvido todas mis quejas, te devuelvo. Sé dichoso, hermano mio, mas no desoigas mis últimos consejos. Vuelve en tí, recobra tu dignidad perdida, que los hombres honrados no se desdeñen de llamarte amigo. Vela incansable por tus hijos, y al

conducirlos por la senda de la vida, inspírate en los recuerdos de nuestra honrada madre. Que sus ejemplos te sirvan de norma para la educación de esos inocentes niños. Así será. Muero en la esperanza de que algún día formareis una familia respetable, citada cual modelo de virtudes, y la idea de que yo puedo haber contribuido en algo á tal ventura, endulza los últimos instantes de tu desdichada hermana,

ANGELA.»

Romero abrió la cajita de ébano y entrególe un legajo de papeles.

—Es una copia legalizada de su testamento, dijo.

—¿Qué! mi hermana ha testado?

D. Andrés instruyólo de todas las circunstancias referentes á la herencia, presentándole documentos de las principales casas banqueras de Europa en donde estaban depositados los fondos: Pablo era poseedor de treinta y cuatro millones de reales.

Más que por la sorpresa del repentino cambio de suerte, por el recuerdo de su mal comportamiento con Angela y Luis Guzman, ante la idea de no poder manifestarles su arrepentimiento y gratitud, fué tal su congoja, que sin las benéficas lágrimas que acudieron á sus ojos, hubiérase desmayado de nuevo.

Comisionóse D. Andrés Romero de disponer todo lo necesario para el transporte y exéquias de Angela, y asimismo de repartir las cantidades que dejaba para limosnas.

Al anochecer volvió Pablo á su casa: hallóla oscura y silenciosa, y oprimiósele el corazon ante la tristeza y abandono que en ella se notaban. Al llegar á su alcoba presentóse la criada llevando luz y le dijo con marcada turbacion:

=La señora, que salió esta mañana y no ha vuelto, dejó para usted esta carta.

Abrióla Pablo apénas se halló sólo: sentía amargos presentimientos. No eran infundados; la carta decía así:

«Me humillas, me desprecias, me arrojas de tu lado.... Pablo, en adelante no debes tener derecho para reconvenirme. He ahogado los sentimientos del corazón por conservar ilesa tu honra: hoy no me creo obligada á un sacrificio que no comprendes ni sabes agradecer.

Abandono, pues, mi casa: prefieres á tu hermana; que ella comparta contigo tu futura suerte. No abrigues en adelante la esperanza de verme: hoy me despido de tí hasta la eternidad.»

—¡Hasta la eternidad! Allí será donde únicamente nos veremos, murmuró Pablo con voz sorda.

Suele acontecer que si hallándonos bajo el peso de un gran disgusto sufrimos otro, en vez de apocarnos más auméntase la fortaleza de nuestro espíritu. Pudiera decirse que las penas

tienen la cualidad de neutralizarse mutuamente. El hermano de Angela sentia aquel pesar, mas nó con la vehemencia que si hubiera sido en otra ocasion, y como esperaba acaso hacérselo sentir la autora de la carta.

Quedóse algun tiempo pensativo; despues, como obedeciendo á una firme resolucion, quemó aquel denigrante papel á la luz de la bujía, aventó é hizo desaparecer la negra ceniza y tiró con fuerza del boton del timbre.

=Que vengan mis hijos, dijo á la mujer que se presentó.

A poco llegó Benigna conduciendo á sus cuatro hermanos.

El desgraciado padre prorumpió en sollozos al verlos, y atrayéndolos hácia sí agrupados, estrechólos contra su corazon.

=Hijos mios, les dijo con voz conmovida; debemos señalar el dia de hoy como una fecha de perpétuo luto para nosotros. Vuestra honrada tia Angela,

mi hermana querida, que era una santa y con la que tan injustos hemos sido, ha muerto hoy, y vuestra madre... vuestra desgraciada madre ha muerto también. Yá no las volverémos á ver más: recemos pidiendo á Dios tenga de ellas misericordia.

Y arrodillados todos, y derramando lágrimas, elevaron al cielo fervientes oraciones.

XIX.

Algunos dias despues, en el mismo periódico que algunos meses ántes habia elogiado la filantropía de Aurelia, apareció la siguiente gacetilla:

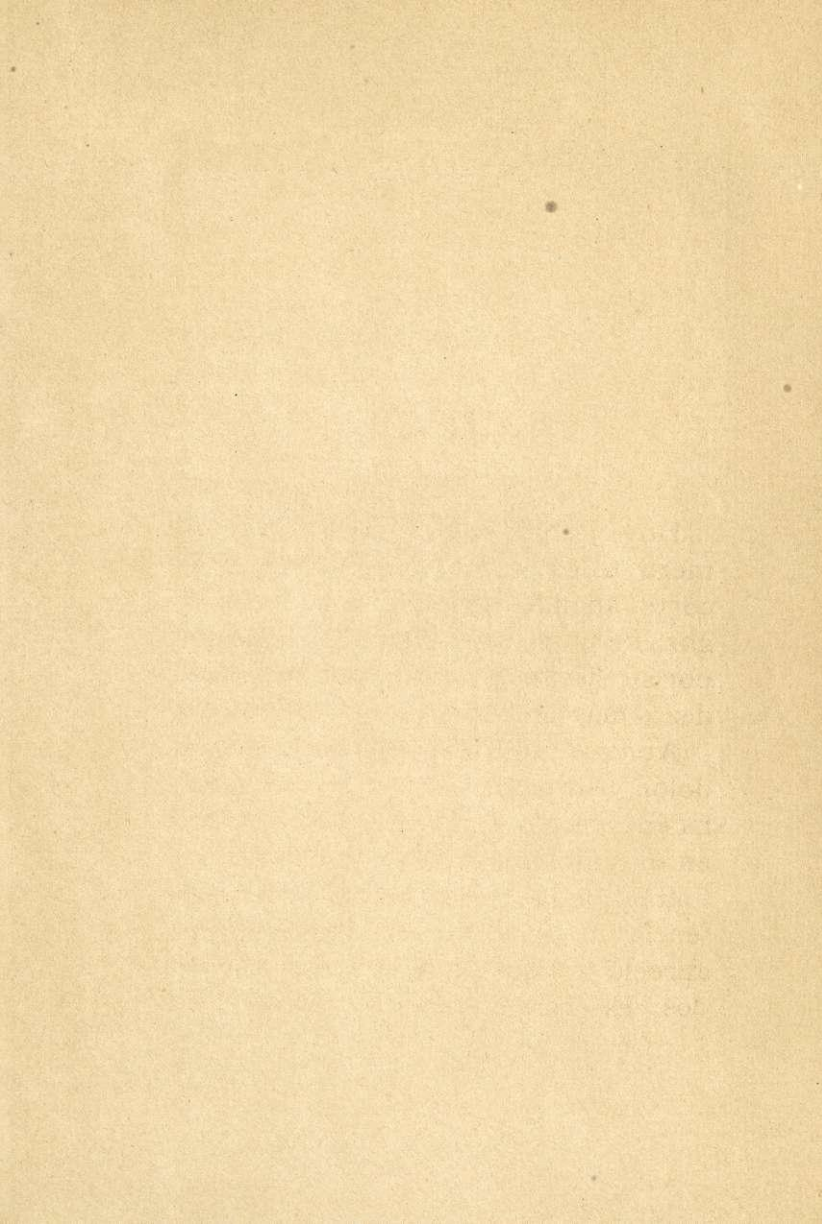
«Hecho escandaloso.

»Nuestros lectores se acordarán de cierto personaje que se hizo notable en Sevilla, donde con el nombre de Vizconde de R. era admitido en muchas casas. Pues bien, ese sugeto, que no era tal Vizconde, sino simplemente un

caballero de industria, acaba de ser reducido á prision. Parece, segun se cuenta, que en esta capital logró seducir á una señora, cuyo nombre omitimos por consideracion á su respetable esposo y honrada familia. La dama en cuestion huyó con el aventurero que se decia ser algo pariente suyo. Llegados á Madrid, él la instaló en el humilde cuarto piso de una humildísima casa, quedando en volver inmediatamente á buscarla, siendo el objeto de susalida encontrar otra habitacion mejor y más digna de ella. ¡La del humo! Pasó un dia, pasaron dos más, y el amante, que se habia llevado consigo el equipaje, no parecia. La nueva *Ariadna* empezó á comprender todo lo amargo de su situacion. Aguijoneada por la necesidad, tuvo que contar su aventura á algunos vecinos de aquella casa, los que dieron parte al celador. Coincidió este aviso con algunos telégramas llegados de Sevilla, y la policia no

tardó en encontrar al *Teseo* de nuevo cuño, que se hallaba al frente de una casa de juego establecida por él. Fué preso inmediatamente y detenidos sus cofres, en los que han sido halladas algunas alhajas de valor que pertenecian á la engañada señora, sin otras muchas que, segun varias declaraciones, habia vendido para abrir su *honroso establecimiento*.

«Los tribunales entienden yá en este asunto, y es probable que el raptor de damas y joyas, que parece aprovechado discípulo de Anselmo Colet y demás notabilidades de su especie, vaya en breve á cursar nuevos estudios de la misma índole á la célebre Universidad de Ceuta.»



EPÍLOGO.

Hoy Pablo Valdés figura en el número de los primeros capitalistas de la corte, adonde se halla establecido y goza de universales simpatías, más que por su elevada posición, por su honradez jamás desmentida.

Aunque no tiene mucha edad, el dolor, usurpando su poder á los años, ha encanecido su cabello y ha impreso en su semblante huellas de tristeza infinita, que no logran borrar ni su opulencia ni las continuas muestras de aprecio con que se ve acogido por todos. El único placer, el principal cui-

dado de aquel virtuoso padre de familia, es la educacion moral de sus hijos, que por sí mismo dirige. Gracias á sus acertados consejos, Benigna, corregida de sus defectos, es hoy una modesta jóven dechado de altas virtudes. Ella es, á falta de la que les dió el sér, la madre de sus hermanos, que la respetan y la aman con delirio.

Reúnese diariamente aquella honrada familia para elevar á Dios sus peticiones por la noble mártir á quien debe el bienestar de que disfruta. Pronúnciase con muestras de gratitud el nombre de Angela; el padre á veces evoca los recuerdos de aquella hermana querida; refiere los infinitos rasgos de abnegacion y bondad de su alma privilegiada y asimismo las penas que sufrió, derramando todos silenciosas lágrimas, digno homenaje rendido á su memoria.

Despues los huérfanos rezan por su madre. Los pobres niños menores juzgan que ésta no existe, mas sí la inte-

ligente mirada de Benigna encuéntrase con la de Pablo, un mundo de ideas despiértase en el pensamiento de ámbos y sus semblantes aparecen velados por densa nuba de tristeza.

Razon, en verdad, tienen para afligirse por la desgraciada á quien recuerdan. Aurelia corrió á ocultar su oprobio al fondo de un cláustro: allí sabe que la gran fortuna de que goza su familia es debida á la pobre viuda con quien tan mezquina y cruel habia sido, y la vergüenza enrojece su semblante. Recuerda asimismo su indigno comportamiento con Pablo cuando lo vió arruinado: con Pablo que tanto la amó, que tan generoso fué siempre con ella; y ésto, unido á los remordimientos que le inspira la memoria de su criminal huida con el falso Vizconde, y del ridículo á que por éste se vió condenada, la hacen sufrir perpétua amargura.

A veces, cuando considera que su maldad es patente á cuantos la cono-

cian, exhalando tristes gemidos derrama copiosas lágrimas.

Las buenas madres al verla, dicen conmovidas:

=Pobrecita!... llora! Dios sin duda le toca en el corazón y se arrepiente.

¿Tendrán razón aquellas buenas mujeres? Los ayes de Aurelia ¿serán de arrepentimiento ó de desesperación? Sus lágrimas, ¿son debidas á la humildad ó á la soberbia?

¡Quién puede adivinarlo!

FIN.



